

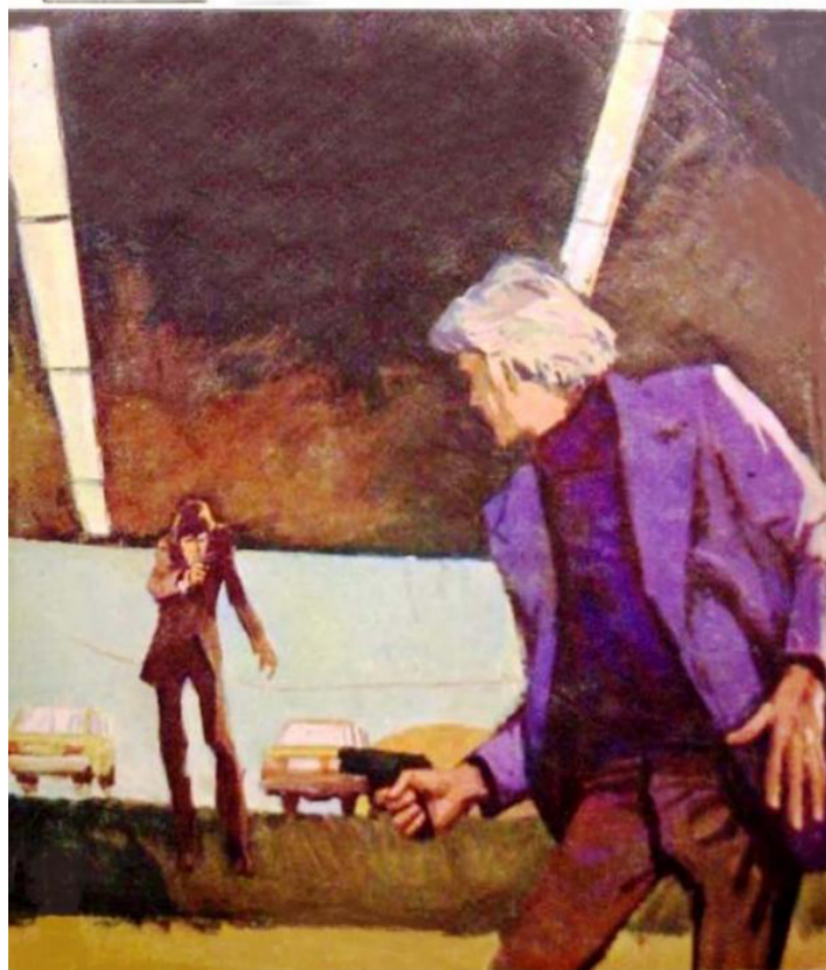
BOULEVARD BRUGERA

PUNTO

ROJO

la muerte descansa

CLARK CARRADOS



COLECCION

PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.473 — Morir al sol.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.334 — El caso «Alí Babá».
- En Colección BUFALO SERIE ROJA:
1.058 — Sed de odio, sed de sangre.
- En Colección CALIFORNIA:
812 — Abogado de revólver.
- En Colección KANSAS:
717 — Tumba para un hombre malo.
- En Colección BRAVO OESTE:
526 — Clave para el asesino.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
818 — El fin de la cuenta.
- En Colección ASES DEL OESTE:
635 — Las siete chicas de oro.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
138 — Contratados para morir.
- En Colección BUFALO SERIE AZUL:
66 — Destinos ardientes.
- En Colección PUNTO ROJO:
718 — La cola del tigre.

CLARK CARRADOS

LA MUERTE DESCANSA

Colección PUNTO ROJO n.º 726
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 546 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: marzo, 1976

© Clark Carrados - 1976

Editorial Bruguera, S. A. Barcelona (España)
texto

© Desillo - 1976

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial ~~Bruguera~~ S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976

CAPÍTULO PRIMERO

La joya era enorme, fascinadoramente atractiva.

Estaba en una vitrina a prueba de ladrones, reposando sobre un cojín de terciopelo negro, que hacía destacar todavía más sus múltiples atractivos.

Al pie de la vitrina había una placa, sobre la que había sido sujeta una cartulina en la que, brevemente, se explicaban las características de la joya.

Burnett Wyss rió para sí, mientras contemplaba el gigantesco rubí, casi tan grande como su puño, engastado en una montura de oro, que sostenía al mismo tiempo una corona de diamantes. Wyss se reía de las vitrinas a prueba de ladrones.

Ahora contemplaba la pesada cadena de oro, rematada en un valioso broche de brillantes, que servía de cierre de dicha cadena. La joya resultaría sumamente atractiva, posada sobre el no menos atractivo escote de Nellie McClaid.

Aunque Wyss no pensaba dejar que la joya siguiera permanentemente en poder de Nellie. Ya tenía comprador.

Los caprichos de su «cliente» le importaban poco. Importaba mucho más el sustancioso fajo de billetes que «míster» Brown iba a pagarle, cuando le entregase la joya.

Para Wyss, la joya en sus manos sería como dinamita pura. No podría venderla a ninguno de los «peristas» conocidos y si lo hiciera, cobraría una ridícula cantidad. La propuesta del señor Brown era mucho más interesante.

Había un par de vigilantes especiales, merodeando continuamente en torno a la vitrina. Aparte de los dos individuos, Wyss suponía que habría también algunos detectives de paisano. La joya valía lo suficiente como para costear los nada pequeños gastos que suponía la vigilancia, sin contar con el valor de la vitrina y el, supuestamente, perfecto sistema de alarma.

Todo ello era una minucia para Wyss.

Al cabo de unos minutos, abandonó el museo. William Dodds, detective inspector de Scotland Yard, frunció el ceño.

—Eso no me gusta nada —rezongó, mientras llenaba la cazoleta de su pipa.

Había un hombre joven y de agradable presencia a su lado.

—¿Por qué, señor? —preguntó Phil Drummond, sargento detective.

—Es Burnett Wyss, el ladrón de los dedos de oro. No he conocido otro más hábil que él, ni tampoco más escurridizo. Apuesto a que Wyss ha echado ya el ojo al rubí Hyandahar.

—Bueno, hay vigilantes día y noche y la alarma es perfecta...

—Cuando Wyss se fija en algo, no sirven de nada los vigilantes ni las alarmas, muchacho. Por fortuna, no se ha fijado en mi próxima paga de retiro, porque, créame, si lo hiciera, quien cobraría ese retiro sería él y no yo.

Drummond se echó a reír al escuchar el pintoresco comentario de su jefe.

—Por lo visto, es muy hábil —comentó.

—No hay otro como él. Con decirle que el Foreign Office lo «fichó» una vez para enterarse de lo que cierto embajador tenía en su caja fuerte... El embajador no sabe todavía cómo algunos secretísimos documentos llegaron a nuestro poder. Las fotografías, claro. Pero Wyss no quiso seguir más por este camino.

—Y se independizó.

—Sí. Phil, le apuesto una libra esterlina contra medio penique, a que Wyss se lleva el rubí Hyandahar antes de que se acabe la exposición.

—Pero, ¿que conseguirá con ello, señor? No podrá venderlo a nadie y, si fragmenta el rubí, perderá prácticamente todo su valor.

—No sé, no sé... Me huele que Wyss tiene ya comprador para esa joya. Algún rico caprichoso, ¿sabe? Por si acaso, Phil, será mejor que, a partir de este momento, haga que un hombre se convierta en la «sombra» de Dedos de Oro. A pesar de que me parece que ahora está «retirado», no me fío.

—Sí, señor.

El inspector se sentía muy pesimista.

Volvióse a la vitrina y movió ligeramente una mano.

—Adiós, rubí Hyandahar —se despidió con acento melancólico.

Drummond contuvo una sonrisa. La falta de moral de su jefe en aquel caso era patente, pero, por otra parte, el joven sargento sabía de sobra que el olfato del inspector fallaba en rarísimas ocasiones.

—Le aseguro que no perderemos de vista a Wyss, señor —dijo firmemente.

Pero los presentimientos del inspector tuvieron confirmación dos días más tarde.

La noticia saltó a las primeras planas de todos los diarios londinenses: ¡El famoso rubí Hyandahar había sido robado!

Riendo alegremente, Burnett Wyss entró en la sala donde la hermosa rubia yacía lánguidamente sobre un mullido diván, metió una mano en el bolsillo y sacó algo que colgaba de una brillante cadena.

—¡Lo he conseguido! —exclamó.

Nellie McClaid saltó en el acto del diván.

—Magnífico —dijo, con ojos relucientes de codicia.

Wyss hacía oscilar la joya como si fuese un péndulo.

—Veinticinco, nena, veinticinco —dijo.

—¿Qué?

—Veinticinco mil, ni una libra menos. ¿Qué te parece?

Nellie entornó los ojos.

—¿Seguro?

—Preciosa, o míster Brown paga las veinticinco mil del ala o se queda sin su joya, como yo me quedé sin abuela.

Ella suspiró y su busto opulento se dilató vastamente.

—¡Cómo me gustaría quedármela! —dijo.

—Nena, no sueñes. No podrías lucirla en ninguna ocasión y, ¿de qué sirve una joya que no se puede exhibir? Mira, del dinero que me tiene que dar ese chiflado, te daré a ti dos mil. Puedes comprarte joyas que sí podrás llevar y por las que nadie te pedirá cuentas, ¿comprendes?

Nellie se acercó al ladrón, ondulando sinuosamente.

—¿Hablas en serio, querido?

—Completamente en serio.

—¿Cuándo verás a míster Brown?

—Mañana por la noche. Ya hemos acordado la cita. Le he dicho por teléfono que veinticinco mil, ha rezongado asquerosamente,

porque el trato eran quince mil, pero yo me he mantenido firme. Está chiflado por el rubí y sé que acabará pagando.

—Si tú lo dices... Pero, ¿no me dejarás que la lleve puesta unos momentos?

—Claro que sí, nena.

Ella hizo aletear sus espesas pestañas.

—Te lo sabré agradecer... mejor todavía que míster Brown, que sólo te ofrece dinero —dijo, con acento lleno de insinuaciones.

Wyss rió suavemente. Luego, situándose tras la joven, puso la cadena en torno a su cuello.

La joya descansó en el centro de un atractivo busto, del que sólo quedaba oculto lo más indispensable, debido al amplio escote del vestido. En el mismo instante, Nellie lanzó una exclamación:

—¡Ay, me ha pinchado!

Pero el levísimo dolor del pinchazo se le pasó enseguida. Fue hacia un espejo de cuerpo entero y se pavoneó, moviendo el cuerpo a derecha e izquierda, a fin de captar mejor los vivísimos destellos que despearan el rubí y los diminutos diamantes que lo rodeaban.

Al cabo de unos momentos, giró en redondo y sonrió.

—Burnie, ven —dijo.

Wyss se acercó a ella y la abrazó. Nellie le ofreció sus rojos labios.

—Burnett Wyss se salió con la suya —dijo el inspector Dodds.

—Lo siento, señor. Perdimos su rastro...

—No le hago a usted ningún reproche, Phil. En realidad, nadie nos había hecho la menor indicación acerca de vigilar la joya. Cuando se iba a inaugurar la exposición del museo, hablé con su director y me dijo que tenía todos los cabos atados y que no necesitaba para nada del Yard. Veremos qué le dice ahora el consejo de administración.

—Le pondrán verde —sonrió Drummond.

—Seguro, pero ahora ya podemos tomar nosotros cartas en el asunto. Muchacho, tengo plena confianza en usted y le voy a poner a prueba. Le daré, además, carta blanca y libertad absoluta, pero, a partir de este momento, se dedicará exclusivamente a recobrar la joya.

—Sí, señor.

—Por supuesto, yo le aconsejare en cuanto estime necesario,

pero la responsabilidad del caso cae enteramente sobre usted, Phil, ésta es su ocasión de progresar, aunque no le digo que ascenderá inmediatamente de recuperar la joya. Pero siempre se le tendrá en cuenta y, créame, un día ocupará este puesto.

Drummond sonrió.

—Sólo soy moderadamente ambicioso, señor —contestó.

Dodds emitió un gruñido. Luego hojeó algunos papeles que tenía sobre su mesa.

—Wyss actuó con la habilidad característica en un hombre de su categoría. No rompió la vitrina, no golpeó a uno solo de los vigilantes, ni realizó su trabajo con la menor violencia. En realidad, le bastó inundar la sala de gas narcótico.

—Y los dos vigilantes nocturnos se durmieron como angelitos.

—Así es. Luego, sin prisas, cortó todos los cables de las alarmas, metió la vitrina en un cajón de embalaje, lo cargó en una furgoneta y así consiguió la joya. Hemos hallado la furgoneta, de una imaginaria agencia de reparto, las botellas que contenían el gas narcótico a presión y el cajón de embalar, así como los restos de la vitrina, que luego sí pudo romper con toda tranquilidad. Pero el ladrón ha desaparecido, como disuelto en la niebla londinense. Qué frase más inicua, ¿verdad?

—Tiene usted un acusado sentido del humor —dijo Drummond sonriendo.

—Como se suele decir, reír por no llorar —gruñó el inspector—. Pero yo ya me imagino dónde se puede encontrar una pista de Burnie.

—¿Burnie?

—Sí, los «amigos» empleamos ese diminutivo al hablar de Wyss —manifestó Dodds sarcásticamente—. En los últimos tiempos se le había visto con frecuencia en compañía de una tal Nellie McClaid.

—¿De profesión?

—Sus cascos ligeros, hombre. ¿Que otra cosa podría ser esa prójima? Pero es muy guapa y Burnie muy sensible a los encantos del bello sexo. Así que ya tiene por dónde empezar, sobre todo, teniendo en cuenta que vive en el sesenta y seis de la calle Lambeth.

—Un bonito barrio —comentó Drummond.

—Enteramente adecuado para *miss* McClaid —farfulló el inspector.

CAPÍTULO II

—Nellie McClaid no está en su casa, sargento —dijo el detective Robert Rawson.

—Siga vigilando —ordenó Drummond—. Use su transmisor. Yo estaré en aquel «*pub*» de la esquina.

—Bien, señor.

Drummond retrocedió escasamente cincuenta metros y entró en la taberna, situándose junto a una ventana, desde la que podía ver perfectamente la entrada de la casa donde vivía Nellie McClaid. El detective Rawson estaba al otro lado, bajo la apariencia de un inofensivo transeúnte, que se había detenido unos momentos a esperar a alguien.

Transcurrió un cuarto de hora. De pronto, una hermosa muchacha entró en el «*pub*».

Drummond arqueó las cejas al reconocerla.

—¡Ethel! —llamó.

La joven se volvió en el acto.

Sonrió.

—Querido Phil —dijo, a la vez que le tendía ambas manos—. Cuánto tiempo sin verte...

Drummond contempló a la muchacha. Ethel Young era alta, muy esbelta, de pelo castaño oscuro, peinado con melena a lo paje, y ojos grises. Vestía con elegante sencillez y no llevaba joyas, excepto un diminuto reloj de pulsera, en la muñeca que quedaba al descubierto por su vestido de mangas cortas.

—Sí, hacía tiempo que no nos veíamos —convino Drummond—. ¿Quieres sentarte?

—Gracias, Phil. Tú, sabueso como siempre, ¿no?

—Es mi oficio. Tú tienes el tuyo, me parece.

Ethel hizo un gesto afirmativo. Vino la camarera y le pidió una taza de té.

—Sigo en el museo —dijo después—. Soy la ayudante del director Bigginslowe.

—Ah, el hombre a quien le robaron el rubí Hyandahar.

—El mismo. Está loco, el pobre. Después de garantizar que ni un batallón de salteadores podría llevarse la joya, resulta que le desaparece de la manera más increíble que uno pueda imaginarse.

—Lo comprendo. Tengo entendido que el museo ha proclamado una recompensa por la joya.

—Sí, dos mil libras esterlinas. Pero vale mil veces más, Phil.

—Dos millones —resopló Drummond, pasmado.

—No sólo su antigüedad, sino el arte y el valor de las piedras preciosas en sí —Ethel bajó la voz—. Y su leyenda —añadió.

—La conozco. ¿Crees en ella?

Ethel movió la cabeza negativamente.

—No, pero eso convierte a la joya en algo más atractivo —contestó.

—Morbosamente atractivo —sonrió el joven—. De todos modos, debe de haber alguien a quien no le importa la fatídica leyenda del rubí Hyandahar. Pero, dime, ¿qué haces por aquí? Éste no es tu barrio, precisamente...

—No —reconoció Ethel—. Estoy citada con una antigua amiga. Nacimos en el mismo pueblo y fuimos juntas a la escuela, hasta los catorce años. Luego nos separamos, aunque nos hemos visto en algunas ocasiones. Sin embargo, su llamada me extraña, porque ahora hacía tiempo que no tenía noticias de Nellie McClaid.

Drummond se sobresaltó.

—¿Eres amiga de Nellie McClaid? —exclamó.

—Sí, ya te lo he dicho. ¿Por qué te extrañas. Phil?

—Y estás citada aquí con ella.

—Sí.

—Voy a pedirte un favor —dijo Drummond muy serio—. Cuando venga Nellie, no menciones mi oficio por el momento.

—No entiendo, Phil —dijo Ethel, desconcertada.

—Tú eres empleada del museo. Nellie es... la chica del hombre que robó la joya.

Ethel se puso una mano en la boca, a la vez que abría mucho los ojos.

—Entonces... también la esperas...

—Sí. Siento que Nellie se haya metido en un compromiso, pero temo que no voy a tener otro remedio que llevarla a mi oficina.

—Es lamentable, Phil —dijo Ethel—. Tenía entendido que Nellie llevaba una vida un tanto irregular, aunque nunca pude imaginarme que estuviese mezclada en ciertos asuntos.

—Quizá no lo esté, pero, de todos modos, no podemos asegurar nada hasta que no haya hablado a fondo con ella.

De pronto, Ethel lanzó una exclamación:

—¡Mírala, ahí viene!

Una hermosa mujer, de silueta opulenta y pelo rabiosamente amarillo, apareció en la entrada del local. Ethel agitó una mano.

—Aquí, Nellie —llamó.

La rubia avanzó hacia la mesa.

—Es mi amigo Phil Drummond —dijo Ethel—. Phil, te presento a Nellie McClaid.

—Hola —sonrió el sargento.

—¿Qué tal? —dijo Nellie fríamente—. Ethel, tengo necesidad de hablar contigo urgentemente. A solas —añadió.

—Phil es de toda confianza, Nellie —dijo Ethel.

—Bueno, si tú lo dices...

—¿Qué desea tomar, Nellie? —consultó Drummond.

—*Whisky* solo, gracias.

Drummond llamó a la camarera. Esperaron hasta que Nellie tuvo su bebida frente a sí. Después de un par de tragos, la rubia dijo:

—Ethel, ¿qué sabes tú de la leyenda del rubí Hyandahar?

—Lo que se dice corrientemente, da mala suerte a sus poseedores —sonrió Ethel—. Pero tú no lo tienes, claro.

Nellie entornó los ojos.

—¿Es cierto que los poseedores del rubí mueren trágicamente? —preguntó.

—No lo sé, nunca se me ha ocurrido pensar en semejante detalle... Pero, ¿por qué te preocupa tanto esa leyenda?

La rubia aparecía palidísima.

—Ayer tuve puesta la joya unos momentos —manifestó—. Sospecho que voy a morir, Ethel.

Drummond pegó un salto en su asiento.

—¿Dónde está Burnie? —exclamó.

Nellie le miró sonriendo.

—¿Policía?

—Sí.

—Entonces...

Bruscamente, Nellie agarró con una mano el cuello de su vestido y tiró hacia abajo.

—Miren —dijo.

Ethel lanzó un grito de horror. A partir del cuello, la blancura de la piel se trocaba en un espantoso color negro, con vetas de tonos rojos muy oscuros, que desfiguraban horriblemente aquel hermoso torso.

Drummond se puso en pie.

—Voy a llamar una ambulancia —dijo.

—Ya no... es nece... sario —jadeó Nellie.

De repente, Drummond se dio cuenta de que el color negro se extendía con espeluznante rapidez por toda la epidermis de Nellie. En menos de treinta segundos, la cara de la joven se volvió negra.

Nellie rodó al suelo. Sus manos eran también negras.

Algunos de los clientes del «*pub*» vieron la escena. Sonaron chillidos de espanto.

Drummond reaccionó y sacó su transmisor.

—Rawson, llame una ambulancia, urgente —ordenó—. Tengo aquí a Nellie McClaid, pero está muriéndose. ¡Rápido, rápido!

—Sí, señor —contestó el detective.

Acto seguido, Drummond se arrodilló junto a Nellie. Ethel, espantada, no se atrevía a moverse de su silla.

—Nellie —llamó el sargento.

La rubia respiraba todavía.

—El rubí... asesino...

—Nellie, ¿dónde está Burnie?

—Míster... Brown... Veinticinco mil...

La cabeza de Nellie se dobló bruscamente a un lado. Su pecho dejó de moverse.

Drummond buscó el pulso de la joven.

Era un gesto inútil. El corazón de Nellie se había parado.

El hombre estaba sentado tras una enorme mesa de despacho. Había una lámpara encendida, pero no recibía la luz en su rostro, que sólo se entreveía en la penumbra.

—Buenas noches, señor Wyss —dijo el hombre.

—¿Qué tal, señor Brown? —sonrió el ladrón.

—¿Trae el rubí?

—¿Tiene la «pasta»?

—Habíamos hecho un acuerdo. Usted lo violó.

—Y usted, sabiendo cuál es el valor de la joya, había ofrecido demasiado poco.

—El trato fueron quince mil, señor Wyss.

—La joya le va a costar ochenta veces menos. Y eso que no le cobro los gastos de la operación, que no fueron bajos...

—Dejemos las discusiones a un lado. Pagaré.

—De acuerdo.

—Enséñeme la joya.

—Enséñeme el dinero.

Míster Brown soltó una risita sarcástica.

—Hay confianza, ¿eh? —dijo, a la vez que abría el cajón central de la mesa con la mano izquierda.

Un paquete de forma oblonga cayó sobre la pulida superficie. Wyss se acercó, cogió el fajo de billetes y los contó rápidamente.

—Conforme —dijo al poco.

El rubí quedó sobre la mesa. Las manos de míster Brown, prácticamente lo único que se veía de su cuerpo, surgieron bajo la luz de la lámpara y tomaron la joya, haciéndola centellar vivísimamente.

—Le gusta, ¿eh? —rió Wyss.

—¿A usted no?

Wyss hizo saltar el fajo de billetes.

—Esto es más práctico —respondió—. Ah, míster Brown, cuando se encapriche de otra joya, avíseme.

—Lo tendré en cuenta, señor Wyss.

—En tal caso, buenas noches, míster Brown.

El ladrón dio media vuelta. Ello le impidió ver la mano que surgía a la luz de la lámpara, armada con una pistola provista de silenciador.

Repentinamente, Wyss sintió un agudísimo dolor en el centro de la espalda.

—¿Quién diablos me pincha? —gritó.

La pistola disparó de nuevo.

El dolor llegó ahora al cerebro del ladrón. Pero fue una sensación muy breve, de fracciones de segundo. Cuando cayó al suelo, Wyss estaba muerto.

Míster Brown abandonó su sitio. Se inclinó sobre el caído y recobró el dinero.

Luego retrocedió hasta la mesa. Pulsó un botón.

Un cuadrado de unos dos metros de lado se hundió bruscamente en el sucio. El inerte cuerpo de Wyss desapareció por el hueco. Instantes más tarde, míster Brown oyó un satisfactorio chasquido.

Presionó un segundo botón. El suelo recobró su apariencia habitual. A continuación, Brown encendió las luces de la estancia.

Meneó la cabeza.

—Tendré que limpiar la sangre —dijo, enojado.

—Veneno —dijo el forense.

—Sí, ya lo sé —gruñó Dodds—. Pero, ¿qué clase de veneno?

El forense se encogió de hombros.

—Mortal a las veinticuatro horas de su administración, aproximadamente, es todo cuanto puedo decirle —respondió.

—Pero, ¿quién demonios envenenó a esa pobre chica?

—No sé. He encontrado en su pecho rastros de un pinchazo, que no tenía más allá de dos milímetros de profundidad. Por lo visto, el veneno es activísimo; debe de bastar una cantidad infinitesimal para matar a una persona. Pero, hasta el momento, esa sustancia nos resulta desconocida. Buenos días, inspector. Adiós, sargento.

El médico se marchó. Drummond y su jefe quedaron a solas en la oficina.

—Y no tenemos otro rastro que el de un misterioso señor Brown, seguramente un nombre falso, quien por lo visto, iba a pagar veinticinco mil libras a Wyss por llevarle el rubí Hyandahar.

—Eso es lo que parece deducirse de las últimas palabras de Nellie, señor —dijo el joven.

—¿Seguro que no habló más? ¿No dijo otra cosa?

—Bueno, ella preguntó por la clase de muerte que sufren los poseedores del rubí, la señorita Young contestó que no lo sabía, Nellie nos enseñó el pecho y...

Dodds hizo un gesto de impaciencia.

—Sí, sí, ya sé todo eso —cortó—. Pero ¿en dónde diablos está ahora ese maldito Burnett Wyss?

—Lo estamos buscando, señor —manifestó Drummond—. Tengo un par de hombres apostados continuamente en casa de Nellie McClaid, aunque, como habrá leído los periódicos, es de suponer que no quiera acercarse por la casa de su difunta amiga. De todos modos, es una posibilidad que no debemos desdeñar.

—Hable con Pete el Lince. Es uno de nuestros mejores confidentes. Lo que él no sepa, pocos lo sabrán. Recuérdele el asuntillo de la tienda de Paddy O'Hara.

Eso le espabilará.

—¿Qué pasó...?

—¿En la tienda de Paddy? Nada, no se preocupe; usted límitese a decirselo.

Drummond sonrió para sus adentros. A veces, era preciso ser un poco chantajista, con casos pequeños, para resolver otros de mucha mayor importancia.

—Sí, señor —contestó.

—Y, otra cosa, usted es amigo de la secretaria del director del museo.

—La señorita Young es ayudante, no secretaria, señor.

—Vaya, no se enfade. Ella tiene una carrera, ¿no?

—Diplomada en Arqueología e Historia Antigua.

—Quién lo dijera... Con ese tipo, podría adornar las portadas de las mejores revistas —dijo Dodds socarronamente—. Bueno, hable con ella, sonsáquele todo lo que pueda.

—Me parece que ya no nos dirá más de lo que ya sabemos, señor. Ni siquiera ella sabía por qué Nellie la había citado en aquel «pub».

—Pudo ser por la recompensa que ofrecía el museo, ¿no?

—A decir verdad, Nellie sólo quería saber la forma en que morían los que habían estado en contacto con la joya.

—Para su desgracia, lo averiguó demasiado tarde. Pero yo creía que esa leyenda se refería solamente a sus dueños, no a los que simplemente tenían la joya sobre sí algunos minutos. ¿Por qué diablos se puso Nellie ese enorme pedrusco sobre el pecho?

—Es bien sencillo, señor: tendría ganas de ver qué tal estaba con la joya. Naturalmente, Wyss le concedió ese pequeño placer, pero luego se la llevaría para entregarla al comprador. Por cierto, tengo a

un hombre investigando sobre personas ricas, aficionadas a coleccionar joyas raras y de gran valor. Opino que no serán muchos, pero quizá consigamos algo positivo.

—Sí, merece la pena investigar en esa dirección. No creo que se haya robado la joya por conseguir un gran beneficio, sino más bien por capricho. Pero, de momento, no podemos olvidar que una persona ha muerto ya.

Drummond se estremeció.

—¡Y de qué manera! —murmuró, al recordar el horrible aspecto que había tomado Nellie McClaid.

Dodds hizo un gesto con la cabeza.

—Ande, vaya a ver a la ayudante del director del museo —maliciosamente, añadió—: No me negará que esta misión no es desagradable, ¿verdad?

—El oficio de policía, a veces, es causa de verdaderas satisfacciones —respondió el joven, con no menor malicia.

CAPÍTULO III

Susan Hill-Crown entró en la lujosa mansión y contestó con un breve saludo a la cortés inclinación con que la acogía su mayordomo. Tras lanzar a un lado la costosa estela de pieles que cubría sus blancos hombros, preguntó:

—James, ¿está el señor en casa?

—Sí, señora, en su despacho. El señor me encargó dijera a la señora que quiere verla, apenas llegue.

—Gracias, James.

La señora Hill-Crown taconeó vivamente, mientras cruzaba el amplio vestíbulo de la casa. Era todavía joven, aunque debía recurrir a una rígida dieta para mantener una línea que, pese a todo, debía ser contenida por forzados artificios ortopédicos. Como siempre se compraba los vestidos muy ajustados, el resultado era que, en todo momento, parecía que la tela iba a explotar en cualquier instante.

Susan abrió la puerta.

—Edward, querido, ¿me esperabas? —dijo melifluamente.

Edward Hill-Crown estaba sentado tras su mesa de despacho, tras la que había un amplio ventanal. Hallábase de lado, con el costado izquierdo junto a la mesa, y sostenía en las manos un objeto que emitía vivísimos destellos al ser herido por la luz que entraba a través del ventanal.

—Sí, pasa, querida; voy a enseñarte una cosa.

Susan avanzó. Sintió que perdía el aliento.

—Oh, cielos —murmuró, al ver la joya.

Su esposo hizo girar el sillón.

—¿La ves bien, Susan?

Ella alargó la mano, inclinándose a través de la mesa, pero él retiró la joya con rapidez.

—¿No me la dejas, Ed? —preguntó ella melosamente.

—Sólo te permito verla. ¿Sabes lo que tienes que hacer para conseguirla?

—Dime, cariño...

Edward Hill-Crown se puso en pie y atravesó el despacho, con la joya colgando de su índice por la cadena. El rubí oscilaba y centelleaba fascinadoramente. Susan lo contemplaba con ojos hipnotizados.

Hill-Crown hizo girar un cuadro, situado en una pared de pulidos paneles de roble. El metal de una caja fuerte quedó al descubierto.

Momentos después, la joya había desaparecido en el interior de la caja. Acto seguido, el dueño de la mansión se volvió hacia su esposa.

—Tendrás la joya cuando hayas despedido a tu... profesor —dijo.

Susan se puso una mano sobre el pecho opulento.

—Pero, Ed, ¿cómo puedes creer que yo...?

—Tengo un informe completo de todas tus relaciones con ese estúpido que se hace llamar «profesor de modos sociales» o algo por el estilo. Sé también cómo se llama y de dónde viene y, para no empeorar más la cosa, te daré mil libras. Cuando alguien de mi entera confianza me informe que ese imbécil ha tomado un avión, para el continente, tendrás la joya. ¿Está claro?

Susan se irguió.

—Sospechas infundadamente de mí, querido —dijo.

Hill-Crown señaló un fajo de billetes que había en uno de los ángulos de la mesa.

—Ahí está el dinero —contestó fríamente—. Lo demás es cosa tuya.

Susan se mordió los labios.

—Está bien, haré lo que dices... y esta misma noche, te daré pruebas de que no soy la mujer que piensas...

—Dormiré en el cuarto de huéspedes —respondió heladamente el dueño de la casa.

Ya estaba junto a la puerta del despacho.

—Eso sí —se volvió hacia la mujer—. Cenaremos juntos. La servidumbre no tiene por qué estar enterada de ciertas cosas.

Aquella noche, Susan se las ingenió para poner un narcótico en

el vino de Oporto que tomó su esposo tras la cena. Pasadas las doce, Susan abandonó el dormitorio, bajó al despacho, abrió la caja fuerte y sacó la joya.

Ethel Young llenó dos copas y ofreció una a su visitante.

—De modo que, hasta ahora, no se sabe nada —dijo.

Drummond tomó la copa, bebió un sorbo y meneó la cabeza.

—Nada —contestó—. Nellie ha muerto y Wyss ha desaparecido, como tragado por la tierra.

—Con la joya.

—Exactamente. Suponemos que la ha robado para un coleccionista, pero es todo cuanto tenemos como pista. En casa de Nellie no hemos hallado nada que nos de el menor indicio del paradero de ese rubí.

—¿Qué dicen los médicos del veneno?

—Es mortífero irremisiblemente a las veinticuatro horas y no parece que exista un antídoto. Produce un cambio de pigmentación epidérmica, pero se ignora qué mecanismos químicos actúan sobre la piel. No creas que los forenses saben mucho más que tú y yo.

—Pobre Nellie —se lamentó Ethel—. Morir de una manera tan espantosa...

—Yo me pregunto por qué no te avisaría antes —dijo Drummond—. Dime, ¿a qué hora te llamó, para concertar la entrevista?

Ethel se concentró.

—Teníamos que vernos sobre las cinco de la tarde... Sí, me llamó a las tres, poco más o menos. Pero no lo hizo desde su casa, puesto que no estaba en ella cuando yo llegué al «pub». Y, como sabes, no tuvo mucho tiempo de hablar, de modo que no sabemos de dónde venía.

—Sí, eso podría ser una buena pista. Ethel, tú eres la ayudante del director del museo. ¿Viste la joya antes de que la colocaran en la vitrina?

—Por supuesto, aunque ni siquiera llegué a tocarla. ¿Por qué lo dices, Phil?

—Verás, en la piel del pecho de Nellie se encontró la señal de un diminuto pinchazo, de no más de dos milímetros de profundidad. Es de suponer que el veneno entró en su sangre por ese pinchazo. Por

tanto, yo quería saber si la joya tiene alguna aguja en la cara que, normalmente, queda oculta a la vista.

—No lo sé, francamente, pero ¿por qué iba a tener esa aguja, envenenada, es de suponer?

—Bueno, todos pensamos que Nellie colgó la joya de su cuello, para contemplarse en el espejo. Entonces debió de ser cuando se pinchó. Y el horario coincide, aproximadamente, con el del robo.

—¿Cómo?

—Wyss robó el rubí durante la noche. Luego fue a ver a Nellie. Le mencionó a míster Brown y las veinticinco mil libras. Como eran... amigos, le permitiría lucir la joya en la intimidad. Luego, naturalmente, se la llevó para entregarla al comprador.

—Sí, entiendo. Nellie murió al día siguiente...

—El robo se produjo después de la media noche. Wyss desapareció, sabiendo que, en cuanto se conociese la falta de la joya, irían a buscarle a su casa. Estaría escondido en alguna parte y luego saldría para enseñar el rubí a Nellie. Se sabe que alguien vio a Wyss en casa de Nellie alrededor de las cuatro y media de la tarde. No podemos ignorar que algunas personas de la vecindad conocían a Wyss, aunque desconociesen su profesión...

El teléfono sonó de pronto, interrumpiendo a Drummond. Ethel levantó el aparato, escuchó unos momentos y luego lo tendió a su visitante.

—Es para ti, Phil.

Drummond se puso en pie.

—Disculpa, pero di tu número, como uno de los posibles adonde podían llamarme en caso de necesidad —dijo.

Ethel sonrió mientras le entregaba el auricular. Drummond pronunció su nombre.

—Soy Rawson, sargento. Wyss ha aparecido.

—Estupendo...

—No tan deprisa, sargento. Wyss está fiambre. Dos balas. Espalda y nuca.

—¿Dónde lo han encontrado?

—Bastante más abajo del puente de Chelsea. Fue cosa de la patrulla fluvial.

—¿Lo ha visto usted?

—Sí, pero no llevaba encima nada de particular, ni siquiera

grandes sumas de dinero. Sólo tenía unas veinte libras, la documentación y algunos objetos personales.

—Rawson, Wyss debía de tener a la fuerza un escondite secreto. Es preciso que lo hallemos. Quizá ahí encontremos el nombre de su «cliente», ¿entendido?

—Sí, señor, haré lo que pueda.

—Y, otra cosa, haga que envíen los proyectiles al Departamento de Balística lo antes posible.

—Bien, sargento.

Drummond colgó el teléfono y se volvió hacia la joven.

—Las noticias no son buenas —dijo—. El ladrón ha muerto y no tenemos todavía el menor indicio sobre el paradero de la joya.

En aquellos momentos, el rubí Hyandahar estaba en las manos de René Duplessis, joven, guapo, esbelto y con un fino bigotito negro que cuadraba muy bien con su rostro delgado, un tanto afilado, pero de perfecto latino.

Susan Hill-Crown le contemplaba sonriendo.

—¿Te gusta?

Duplessis asintió.

—*Mon Dieu!*, es la cosa más bella que he visto en los días de mi vida —exclamó—. Y puede ser nuestra, ¿verdad?

—Si tú lo dices, querido...

Duplessis miró de reojo a la hermosa mujer que tenía frente a sí. A decir verdad, estaba cansándose ya de la señora Hill-Crown.

La señora Hill-Crown estaba más cerca ya de los cuarenta que los treinta y había rebasado el peso de su adolescencia en un sesenta por ciento, al menos. Todavía era guapa, vistosa y con un fuerte atractivo, pero Duplessis tenía diez años menos y sus planes diferían bastante de los de la bella visitante.

—¿Te ha costado mucho conseguir la joya? —preguntó Duplessis.

Susan rió suavemente.

—Una tableta de narcótico —dijo—. Él cree que yo no sé la combinación de su caja fuerte, pero, en realidad, la conozco desde varias semanas, apenas empezó a mencionar esa joya. Cada vez que sabía que la iba a abrir, yo procuraba estar cerca y, aunque simulaba no mirar...

—Está bien, está bien —cortó el francés—. No es necesario que me digas cómo lo hiciste, demasiado me lo imagino.

—René, ¿cuánto tardaremos en tener el duplicado?

—Oh... —Duplessis levantó un ojo al lecho de la habitación—. Yo diría que... un par de semanas... Mi amigo el artista debe hacer una imitación perfecta...

—¡Pero la joya no puede estar tanto tiempo fuera de su sitio! —exclamó ella, aterrada—. Mi marido lo notaría muy pronto, quizá hoy mismo.

Duplessis sonrió.

—No te preocupes, nena —dijo—. Ahora mismo iré a mi despacho y tomaré un molde y varias fotografías. Luego te la llevas y la vuelves a la caja fuerte. Cuando tengamos el duplicado, harás el cambio.

Susan se frotó el escote. Había venido con la joya puesta, bajo su costoso abrigo de pieles, a fin de abrírselo de golpe y causar el mayor efecto posible. No podía quejarse de lo que había visto en los ojos de René.

—De acuerdo, querido —dijo.

Duplessis se puso en pie.

—Tómate una copa, mientras trabajo —indicó, con cálida sonrisa.

Susan quedó sola en la estancia. Ni en sueños pensaba obligar a René que abandonase Inglaterra.

Le diría a su esposo que René tenía unos compromisos ineludibles, que le obligaban a permanecer en el país todavía durante tres o cuatro semanas. Para entonces, el duplicado estaría ya hecho.

Y cuando llegase ese momento, ella y René volarían lejos, muy lejos...

Lo qué la señora Hill-Crown ignoraba era que el duplicado del rubí Hyandahar estaba fabricado desde hacía apenas cuatro días.

Duplessis se había puesto a la tarea en cuanto supo, por boca de Susan, los propósitos del señor Hill-Crown. No se podía decir que fuese una imitación absolutamente perfecta, pero, para una persona no demasiado entendida, como Susan, podía pasar. Incluso el señor Hill-Crown quedaría engañado durante algún tiempo.

Lo justo para que él y cierta persona volasen muy lejos de

Londres.

Al cabo de unos minutos, Duplessis volvió a la sala.

—Ya está —dijo sonriendo—. Puedes volver la joya a la caja fuerte, querida.

Susan sonrió también.

—Acelera los trabajos, querido —solicitó ardientemente.

La visitante se marchó minutos más tarde. Apenas se quedó solo, Duplessis corrió al teléfono y marcó un número.

—¿Eres tú? Hola, preciosa, ya lo rengo... Sí, seguro, hiciste una buena labor con las fotografías... ¿Cómo? ¿No puedes venir hoy? ¡Qué lástima! Entonces, ¿cuándo? ¿Pasado mañana? ¿Tan tarde? Bien, si tú lo dices... Pero no me hagas esperar más, ¿comprendes?

Duplessis colgó el teléfono y, mientras silbaba alegremente, se sirvió una copa. El buen *whisky* escocés, le compensaba de lo detestable de la cocina británica.

Sentado en un diván, alzó la copa con la mano derecha. En la izquierda, estaba la cadena de la que pendía, oscilando centelleantemente, el maravilloso rubí Hyandahar.

—Tengo noticias para usted, jefe.

—Sargento solamente, Lince —puntualizó Drummond, a través del teléfono—. De todos modos, gracias por tu amabilidad.

—Es que ya le veo a usted ocupando el sillón del inspector Dodds —rió el confidente.

—Lince, al grano, al grano.

—Está bien, jefe. Tengo noticias para usted y, modestia aparte, creo que son interesantes. Y exactas.

—Pete, ¿por qué diablos no hablas de una vez? —suspiró el joven, por no lanzar un bufido a causa de la cólera que le causaban los circunloquios de su comunicante.

—¿Ha oído hablar alguna vez de Edward Hill-Crown?

—Vagamente...

—Negocios, ahora legítimos y en tiempos no tanto. Anda por los cincuenta y se dice que hace un cuarto de siglo era el jefe de una banda de extorsionistas, chantajistas, «protectores» y demás. Pero luego pensó que era mejor ser respetable y compró un buen negocio en la City. Es preciso reconocer que ha sabido hacerlo bien y que ha ganado el dinero a espaldas, legalmente... aunque para mí, todos

esos especuladores de Bolsa son tan ladrones como los que roban carteras y bolsos en el Soho.

—No te falta algo de razón, Pete —convino el joven—. ¿Qué más?

—Tengo un amigo que vio a Hill-Crown hablando con Wyss hará cosa de un par de semanas. Ese amigo trabajó en tiempos con nuestro hombre, cuando, en vez de llamarse como se llama ahora, usaba el nombre de Ed Hillis. Después, andando el tiempo, tomó el nombre, mucho más respetable, de Edward Hill-Crown. Suprimió dos letras de su apellido, puso un guion y añadió el de su madre. Casi parece un par del reino, ¿verdad?

—Seguro, Pete. Y, para ahorrarme trabajo, ¿por qué no me dices dónde vive el señor Hill-Crown?

—Pues... en Hill-Crown House, a seiscientos metros más abajo del puente de Chelsea, frente al Embankment. El lugar ya no es tan atractivo como era hace un siglo, pero él compró la casa a buen precio, ya que había pertenecido a un duque tronado y la daba poco menos que regalada. Así, nuestro hombre también compraba respetabilidad, ¿comprende?

—Podía haber comprado una residencia campestre, lejos de la capital, me parece.

—Bueno, ya la tiene, pero la mayor parte de la semana está aquí, así llega más pronto a su oficina, ¿comprende?

—Gracias, Pete.

—Oiga, creo que con esto quedará cancelado el asunto de la tienda de O'Hara, ¿no?

—Tendrás que preguntárselo a mi jefe, Lince —respondió el joven.

Y colgó el teléfono.

Cuando se disponía a salir, entró el agente Rawson y le dio unos informes muy interesantes de la autopsia efectuada al cadáver de Burnett Wyss.

CAPÍTULO IV

El mayordomo abrió la puerta y contempló con curiosidad al visitante.

—¿Señor?

—Soy el sargento detective Drummond, de Scotland Yard —se anunció el visitante—. Deseo hablar con el señor Hill-Crown.

—Veré si el señor puede recibirle. Tenga la bondad de aguardar unos momentos, señor.

—Gracias.

El mayordomo se alejó, para volver treinta segundos más tarde.

—El señor le recibirá inmediatamente —anunció.

Drummond siguió al estirado individuo, quien le abrió la puerta de un lujoso despacho, de grandes dimensiones, en donde, tras una mesa de trabajo, de pulida superficie, se hallaba un hombre.

—Sargento —dijo el dueño de la casa.

—Señor Hill-Crown, esto no es un interrogatorio formal ni traigo orden de arresto contra usted. Simplemente, deseo hacerle unas preguntas, a las cuales, por supuesto, puede negarse a contestar. Pero si lo hiciera así, corroboraría, al menos en parte, ciertas sospechas que han recaído sobre usted.

Hill-Crown se echó a reír.

—Sargento, no se puede negar que es usted un buen discípulo del inspector Dodds. Hace veinticinco años, yo le llamaba Doddie, cuando él todavía hacía rondas nocturnas por las calles. Tiene usted su mismo tono y sus mismos modales, y eso me alegra, porque me dice que en Inglaterra ciertas viejas tradiciones no morirán jamás.

Drummond inclinó la cabeza.

—Gracias, señor —contestó—. Me lo está poniendo usted muy difícil...

—¿Un cigarro? ¿Una copa? —cortó Hill-Crown—. Oh, olvidaba que es un policía y que está de servicio. Bien, hable, sargento,

cuénteme esas sospechas que han recaído sobre mi humilde persona. No he de negar que hace un cuarto de siglo yo tuve algunos roces con la ley, pero ya hace una infinidad de tiempo que soy un ciudadano honrado y, modestia aparte, sin tacha. ¡Con decirle que pago puntual y exactamente mis impuestos!

Drummond sonrió cortésmente.

A pesar de la serenidad que trataba de aparentar, Hill-Crown se sentía un tanto nervioso. O no hablaría tanto y tan seguido, como si quisiera retrasar unos momentos tan inevitables como desagradables.

—Señor, hace dos semanas se le vio hablando a usted con un individuo llamado Burnett Wyss —dijo.

—Puede ser, hablo con mucha gente.

—Wyss era un habilísimo ladrón. Le llamaban el hombre de los dedos de oro. Para él no había cajas fuertes, ni cerraduras especiales ni sistemas de alarma.

—Sí, hay gente muy hábil.

—Wyss robo el rubí Hyandahar. Le supongo enterado del hecho, señor Hill-Crown.

—Leo los periódicos, sargento —dijo displicentemente el dueño de la casa—. Oiga, ¿no irá a decir que yo estoy relacionado con ese robo?

—Usted es ahora un hombre muy rico y, entre otras cosas, aficionado a coleccionar joyas de gran valor.

—Cierto. Pueden ser un gran negocio el día de mañana, aparte del placer estético que concede su contemplación. Pero si va a decir que tengo el rubí Hyandahar y que está actualmente en mi poder, la respuesta será no, rotundamente, no, ¿sargento?

—Se ha efectuado la autopsia al cuerpo de Burnett Wyss, muerto de dos balazos. Los proyectiles eran del calibre 38. El cadáver de Wyss fue lanzado a las aguas del Támesis cuando su sangre no se había secado todavía. En sus pulmones se han encontrado partículas de agua, con rastros de tetracloruro de plomo, procedente de una fábrica situada a doscientos metros más arriba de su casa. Entre nosotros, señor Hill-Crown, la empresa ha sido severamente multada y clausurada hasta que la Sanidad haya dado el visto bueno a sus nuevas instalaciones de filtrado y depuración de aguas.

Hill-Crown tenía la boca abierta.

—Los expertos en balística, de acuerdo con los forenses —continuó Drummond—, declaran que la pistola fue disparada a tres o cuatro metros de distancia, como máximo. Dado el calibre y la velocidad de traslación del proyectil, así como también los factores que representan la carne y los huesos del interfecto, se supone que el asesino usó silenciador, ya que este aparatito reduce ligeramente la velocidad de las balas. De haber sido una pistola normal, los proyectiles se hubieran encontrado quizá a medio centímetro más adentro de los lugares en que fueron hallados.

Sobrevino una pausa de silencio.

Al cabo de unos segundos, en vista de que el otro no decía nada, Drummond añadió:

—Me gustaría saber si tiene usted una pistola de calibre treinta y ocho con silenciador, señor Hill-Crown.

Los ojos del dueño de la casa centellearon de un modo especial.

Drummond se alarmó vagamente, aunque en modo alguno esperaba lo que iba a suceder.

—Maldito policía... —tartajó Hill-Crown.

Alargó la mano derecha. Presionó un botón.

En aquel instante, arriba, en la casa, sonó un alarido espantoso. Simultáneamente, Drummond sintió que el suelo se hundía bajo sus pies.

Al notar que perdía el apoyo, Drummond, aunque sorprendido, hizo un giro en el aire y estiró las manos.

Era un gesto instintivo, desesperado. Buscaba algún asidero, mientras caía velozmente, y consiguió encontrarlo a un palmo por debajo del borde.

El chillido se repitió, estentóreo, como si brotase de la garganta de alguien que hubiera enloquecido repentinamente. Por encima de su cabeza, Drummond oyó la voz de Hill-Crown, que corría a través de la estancia.

—¡Susan, Susan! ¿Qué te ocurre?

En la casa sucedía algo, pero Drummond ya tenía bastante con intentar salvar su vida. El saliente a que había conseguido asirse era una especie de listón grueso, de mampostería, que corría a todo lo largo de la pared del pozo en que se hallaba.

Miró hacia abajo. A veinte metros o más, creyó ver el centelleo de las aguas. Pero había mucha oscuridad en aquel pozo y no podía

captar más detalles.

La rampa permanecía caída, a sus espaldas. Drummond comprendió que el giro que había realizado al sentir que caía, más bien era un salto en busca de un suelo firme que no había hallado, le había salvado la vida.

Ahora estaba frente a la puerta del despacho y de espaldas a la mesa. El suelo de la estancia hacía un reborde que le confería una superficie algo inferior a la del pozo, que era de sección cuadrada. Ello explicaba que la trampilla no hubiera tropezado con el saliente de mampostería.

Tanteó con una mano y encontró una grieta inmediatamente debajo del suelo del despacho. La pared del pozo quedaba a unos quince centímetros más adentro del borde de la trampa. Drummond estiró la otra mano y agarró el borde del suelo. Así pudo izarse a pulso hasta el despacho, ya sin demasiadas dificultades.

Arriba, en el primer piso de la mansión se oía un jaleo espantoso. Algo grave sucedía, pero Drummond, en lugar de subir a investigar, cosa que realmente no hubiera podido hacer, ya que carecía de orden judicial, se acercó a la mesa.

Tenía en las retinas el último gesto de Hill-Crown. Encontró el resorte y lo presionó. La trampa subió y el suelo de la estancia recobró su apariencia normal.

Drummond hizo un par de pruebas. Ahora ya podía comprender fácilmente lo que le había sucedido a Wyss. El ladrón no había desconfiado en absoluto de su «cliente». Debía de haber vuelto la espalda y...

De repente, oyó pasos que se acercaban a la estancia.

—Oh, Dios mío, Dios mío —sonó la gimiente voz de Hill-Crown.

Drummond saltó a un lado. El dueño de la casa entró sin verle y se acercó a la mesa.

—Ella está muerta, muerta...

—¿Su esposa, señor Hill-Crown?

El individuo recibió una enorme sorpresa al ver a Drummond vivo, en pie, junto a la puerta. Su cuerpo tembló de tal forma, que sus dientes entrechocaron audiblemente.

—No, no es posible —exclamó.

—Por fortuna, estoy vivo —dijo Drummond, a la vez que avanzaba hacia la mesa, si bien dando un rodeo para esquivar la

trampa—. Señor Hill-Crown, lamento lo que ha ocurrido, pero es mi deber notificarle que le arresto, acusado del homicidio de Burnett Wyss.

Hill-Crown se sentó de golpe en el sillón. El joven rodeó rápidamente la mesa y abrió el cajón central, apoderándose de una pistola provista de silenciador. Hill-Crown parecía terriblemente abatido, pero uno no podía fiarse, pensó.

El mayordomo apareció de repente en la puerta.

—Señor...

—Llame inmediatamente a Scotland Yard —ordenó Drummond—. Pregunte por el inspector Dodds y dígame de mi parte que venga con la mayor rapidez posible.

—Sí, sí, señor... Yo sólo venía a hablar con el señor, para ver si quería que llamásemos a un médico... La señora ha muerto... de una forma tan horrible...

Drummond frunció el ceño.

—¿Que le ha pasado? —preguntó.

—Tiene la piel como el carbón, señor —respondió James.

El sargento sintió que se le contraía el estómago. Procuró mantener la serenidad y movió la mano.

—Cuando hable con el inspector Dodds, dígame, además, que se traiga una ambulancia. ¡Dese prisa, hombre!

El mayordomo salió del despacho. Drummond se encaró con el dueño de la casa.

—Usted mató a Wyss —acusó.

Hill-Crown asintió con un torpe movimiento de cabeza.

—¿Dónde está el rubí Hyandahar? —preguntó el joven.

Hubo un instante de silencio. Luego, Hill-Crown se puso en pie y caminó hacia la caja fuerte.

Un minutó más tarde, Drummond tenía la joya en su poder.

Sentíase satisfecho. El caso se había resuelto con mucha mayor rapidez de la esperada.

—Los cimientos de la casa son antiquísimos y el pozo fue construido hace más de doscientos años. Lo utilizaban los contrabandistas, para entrar su género sin ser advertidos por la policía —explicó Drummond, mientras Ethel servía el té—. Con el tiempo, la casa cambió de dueño y éste ya no necesitaba hacer contrabando. Realmente, construyó una casa nueva, pero hace

algunos años, Hill-Crown, con motivo de unas obras de remozamiento, se encontró con la sorpresa del pozo. Entonces hizo instalar la trampa...

—Bueno, lo importante es que la joya esté de nuevo en el museo —sonrió la muchacha, sentándose frente a su visitante—. Phil, este caso te va a dar mucha popularidad.

Drummond hizo una mueca.

—Lo cual será peor más adelante, en el caso de que tenga un fracaso —contestó—. Pero, salvo el veneno que mató a dos desdichadas mujeres, lo tenemos todo resuelto.

—Ahora se ocupan en el museo de encontrar el mecanismo que hace surgir la aguja envenenada. Eso ya no debe preocuparte a ti, porque, en cuanto lo hayan resuelto, inutilizarán tal mecanismo... ¿Viste a la señora Hill-Crown?

—Sí. Por lo visto, su esposo la amaba muchísimo. Hizo robar la joya para ella, pero se desmoronó por completo cuando la vio muerta. Entonces, ya no le importaba en absoluto lo que pudiera suceder.

—Pobre hombre —suspiró la joven.

—Ethel, ese pobre hombre asesinó a otro, disparándole dos tiros, por la espalda. Comprendo que se sienta muy afectado por la muerte de su esposa, pero cuando mató a Wyss pensaba de forma muy distinta.

—Lo siento, Phil, no quise enojarte...

Drummond se echó a reír.

—No me he enfadado; simplemente he querido hacerte ver la realidad de la situación —manifestó en aquel momento—. Y, a propósito, puesto que tengo la noche libre y tú también, me parece, ¿aceptarías una invitación a cenar?

En los ojos de la muchacha apareció una chispa de alegría.

—Tendré que cambiarme de ropa —dijo.

Drummond se retrepó en el diván.

—Tenemos tiempo de sobra —declaró.

Ethel le dirigió una cálida mirada. Se puso en pie y caminó hacia la puerta que comunicaba con su dormitorio, pero, antes de que hubiera podido dar dos pasos, sonó el teléfono.

La muchacha retrocedió y levantó el aparato.

—¿Sí? Soy yo, Ethel Young... Hola, señor Bigginslowe... ¿Cómo?

Pero... ¡es imposible!

Drummond frunció el ceño al apreciar el repentino cambio de expresión de la joven. Casi en el acto, Ethel dejó el teléfono sobre la horquilla.

—Phil —dijo dramáticamente—, el rubí que tú devolviste al museo es falso.

Drummond saltó en su asiento. Ella movió la cabeza arriba y abajo varias veces.

—Acaba de confirmármelo el director del museo y, créeme, posee la suficiente experiencia como para no dudar de su palabra —añadió.

Edward Hill-Crown miró a su visitante a través del espeso cristal blindado, que señalaba los límites entre la cárcel y el mundo libre.

—Usted dirá, sargento —habló el preso secamente.

Drummond observó que Hill-Crown parecía notablemente recuperado. Tal vez en aquellos momentos lamentaba haber admitido su culpabilidad.

—Tengo que decirle algo muy importante —manifestó Drummond—. La joya que usted me entregó en su casa es un magnífico duplicado del original.

Hill-Crown abrió la boca primero. Luego se echó a reír.

—¿Está de broma, sargento? —exclamó.

Drummond sacó algo del bolsillo y lo hizo oscilar delante del preso.

—¿La llevaría encima si no fuese cierto?

—Rayos, es el rubí...

—El duplicado del rubí. ¿Dónde está el original?

Hill-Crown se concentró.

Al fondo, en el otro lado de la salita, un guardián permanecía impassible, vigilando al preso.

—¿Qué pasa, no quiere hablar? —preguntó Drummond.

—Sargento, lo crea o no, es la primera noticia que tengo de esa suplantación —dijo por fin Hill-Crown—. ¿Sabe por qué hice robar la joya?

—Usted amaba a su esposa...

—Ella estaba liada con un asqueroso individuo que se hacía titular «profesor de conducta social» o algo por el estilo. Enseñaba buenas maneras a gente con dinero, ¿comprende?

—Continúe —dijo Drummond, impasible.

—Me crea o no, yo quería a mi esposa ciegamente. Podía darme cuenta de que ese devaneo no era una cosa pasajera. Su profesor, por otra parte diez años más joven que ella, la había sorbido el seso. Entonces hice robar la joya y se la enseñó, dándole mil libras para que enviara al maldito francés a su país y se olvidara de él para siempre. Si no lo hacía así, no tendría la joya.

—Comprendo —dijo el joven—. Pero, por lo visto, usted permitió que su mujer la luciera...

—No, sólo se la enseñé un par de minutos, lo justo para que pudiera comprender lo que podía ganar si despedía al francés. Luego la guardé en la caja, pero no tengo la menor idea de cómo me la robaron.

—¿Está seguro de que Wyss le entregó la joya auténtica?

—Tengo buen ojo para las piedras preciosas, sargento. Y si no advertí la diferencia al entregársela a usted, fue debido a la emoción...

—Ya —murmuró Drummond—. Señor Hill-Crown, ¿cómo se llama ese francés? ¿Sabe dónde vive?

—¿Por qué lo pregunta, sargento? ¿Qué puede importarme ya ese sinvergüenza?

—A mí sí me importa. Quizá ese caballero tenga algo que ver con el cambio de una joya auténtica por otra falsa.

—No lo creo... ¿Quién iba a sacarla de mi caja fuerte?

—Su esposa.

—Ella no conocía la combinación.

—Antes de venir aquí, hice intervenir al departamento de dactiloscopia. Las huellas dactilares de su esposa han aparecido en la puerta de la caja fuerte.

Los hombros del preso se hundieron.

—Ella... traicionarme de ese modo... ¡Maldita, estás bien muerta!

Drummond dejó que Hill-Crown se desahogara a su gusto. Cuando lo vio algo más calmado, insistió:

—Por favor, dígame el nombre y dirección del profesor de su esposa.

CAPÍTULO V

La mano de René Duplessis se alzó y golpeó cariñosamente las redondas caderas de la mujer que pasaba a su lado.

—¡Ay! —dijo la rubia.

—Cada día más guapa, tú —dijo el francés.

Inge Schein se volvió y lanzó un guiño a Duplessis.

—Si quieres algo, ya sabes lo que te costará —dijo.

—Mujer, estoy esperando una buena oferta...

—Aún no he visto la joya. Sé que te van a dar un saco de esterlinas por ella, pero ¿no podrías, al menos, enseñármela un momento?

—Claro, preciosa, claro. Oye, Inge, cuando tenga el dinero, ¿dónde iremos?

—Lejos, muy lejos... ¿Qué importa ahora, querido?

De pronto, Inge saltó sobre las rodillas de Duplessis, sentado éste en un cómodo butacón.

—Anda, cariñito, enséñame la joya... —pidió, mimosa, mientras le cosquilleaba en el mentón.

Duplessis lanzó un mordisco a la oreja de Inge. Ella lanzó un grito de fingido terror.

—Caníbal.

—Es que... estás como para comerte, nena...

Ella le besó en la punta de la nariz.

—¿No te importa que sea alemana? —preguntó.

—*Ach, nein, nein!* —rió Duplessis—. Ya ves, yo soy alsaciano, *meinc gnädige frau...* [1] y si alguna vez hubo guerra, ¿la hicimos nosotros?

De pronto, sacó la joya. Inge se quedó estática al contemplar el rubí.

—René, cariño, dime, ¿cómo la conseguiste?

Duplessis se lo explicó. Inge lanzó una alegre carcajada a la vez

que se ponía en pie y cruzaba la estancia, con el rubí en la mano.

—Al menos, dejarás que me lo pruebe a ver que tal me sienta —dijo.

Inge desapareció en el interior del piso. Duplessis sacó un cigarrillo y lo encendió.

Hacía planes rosados. Alguien le iba a pagar cien mil libras. Aquella tonta de Susan creía que iba a quedarse siempre a su lado, sólo porque le hubiese dado un buen regalo... Claro que de cien mil a dos millones había una gran diferencia, pero ¿podía quejarse del precio que le había costado a él? Unos arrumacos a una mujer madura, que ya empezaba a engordar, unas bellas palabritas y...

Abstraído en sus rosados planes, Duplessis no percibió el leve grito que salía del dormitorio. Al cabo de unos momentos, Inge apareció en la puerta, vestida con un traje de pronunciado escote y la joya descansando en el centro de su pecho de walkyria.

Duplessis se puso en pie, avanzó hacia ella y la abrazó apasionadamente.

—Tú vales mucho más que todas las joyas del mundo —murmuró, a su oído.

Un buen rato más tarde, Duplessis dijo:

—Nena, ponte guapa; mi cliente no tardará en venir y, en cuanto haya soltado la «pasta», iremos a celebrarlo adecuadamente.

Duplessis salió al saloncito, mientras ella se dirigía al baño. El ruido del agua que caía en la bañera impidió a Inge oír la campanilla de llamada.

Duplessis abrió. Un hombre apareció en el umbral.

—Pase, pase, amigo mío —dijo el francés, cortésmente—. ¿Trae el dinero?

—¿La joya? —preguntó secamente el recién llegado.

Duplessis hizo bailar el rubí al extremo de su brazo derecho. El hombre metió una mano en el interior de su chaqueta.

—Voy a pagarle —dijo.

Pero lo que sacó no fue un fajo de billetes, sino una pistola, con silenciador, que disparó tres veces, muy rápidamente. Duplessis, pasmado, cayó sin tiempo de lanzar un solo grito.

Media hora más tarde, compuesta y acicalada. Inge salió del baño y se encontró a Duplessis tendido de espaldas, con los brazos y las piernas abiertos en cruz. Había mucha sangre y la alemana se

mareó.

Al cabo de un rato, consiguió recobrarse. Inge pensó que si la policía la encontraba allí, se vería metida en gravísimas dificultades. Lo mejor, por lo tanto, era largarse con la mayor rapidez posible.

Pero antes, Inge, precavida, registró los bolsillos del muerto. Encontró un fajo de billetes. Había casi mil libras esterlinas. La diferencia con lo que había esperado conseguir era enorme, pero, filosóficamente, pensó que menos daba una piedra.

El sargento Drummond llegó quince minutos más tarde y se encontró con el poco agradable espectáculo de un hombre muerto a balazos.

El inspector Dodds estaba que, literalmente, echaba humo y no sólo por el que salía de su pipa. Además de humo, el inspector echaba rayos y centellas por su boca.

Dodds era lo suficientemente inteligente para saber cuándo no podía cargar las culpas de un fracaso en las espaldas de sus subordinados. En realidad, el sargento Drummond había actuado a la perfección, incluso, con gravísimo riesgo de su vida.

Pero ¿quién diablos podía imaginarse que existiese una mente tan retorcida como para hacer un duplicado del célebre rubí de Hyandahar, incluso con su cadena y su broche?

—Eso ha llevado tiempo, sargento —dijo el inspector—. No se trata de copiar un anillo, con una sola piedra, sino de un rubí como el puño, más la montura con treinta o cuarenta diamantes, más la cadena y el broche...

—Lo sé, señor —suspiró Drummond.

—No es bueno alegrarse del mal de nadie, pero tampoco crea que voy a llorar por la suerte de Hill-Crown, hace veinticinco años Ed Hillis. Lo único de lamenta son las muertes de su esposa y de Wyss; sus pecados no eran tan graves como para merecer un fin tan trágico. Pero hacer robar la joya, sólo para reconquista a la esposa... ¿Es que no tenía dinero bastante para llenarle la bañera de diamantes?

—Hace ya unos cuantos siglos que existe la atracción del fruto prohibido, señor —contestó el joven.

—Sí, me lo imagino. Hill-Crown debió de disfrutar mucho más, encargando el robo de la joya, que lo que habría disfrutado dando a

su mujer un saquete lleno de piedras preciosas. Bueno, al grano, ¿qué más ha averiguado usted?

—Tengo a media docena de hombres investigando acerca de las alumnas de «comportamiento social» de René Duplessis, por si alguna de ellas, o sus esposos, fueran aficionados a cierta clase de joyas de muy alto valor. Por otra parte, hemos conseguido saber que Duplessis tenía una amiga, una joven alta, muy rubia que iba a visitarle un par de veces por semana a su apartamento. No era una cliente ni tampoco hemos hallado su nombre entre los que encontramos en los papeles de Duplessis, pero pensamos que esa rubia pueda tener relación con el asunto y estamos haciendo lo imposible para encontrarla.

Dodds aprobó con una inclinación de cabeza.

—Siga —gruñó.

—Estamos también interrogando a cierta clase de joyeros, los que podrían haber hecho un duplicado de la joya. Se necesita una habilidad especial para ello y encontrar al hombre que hizo ese duplicado sería un paso importante, porque no cabría la menor duda de que estaría relacionado con Duplessis. Por supuesto, no creo que lo matase, pero sí podría darnos alguna pista.

—¿Cuál es su hipótesis, sargento?

—Es bien sencilla, señor; la señora Hill-Crown estaba loca por Duplessis y le entregó la joya auténtica, después de que tuvo el duplicado en su lugar, naturalmente. Luego, alguien vino para llevarse el rubí y lo consiguió...

—Pero antes mató a Duplessis. Le robó la joya.

—Perdón, señor; mi impresión personal es que Duplessis amaba más el dinero que las joyas. Sinceramente, creo que Duplessis tenía un comprador para el rubí Hyandahar.

—La rubia —indicó Dodds.

—No. Vestía bien, elegante, pero no de la forma en que vestiría una dama con mucho dinero. Más bien parecía una empleada de una firma importante, no sé si me entenderá usted...

—Le entiendo perfectamente, sargento. Duplessis había sorbido el seso a una mujer diez años mayor que él, pero sólo por conseguir el rubí. Las auténticas inclinaciones del francés se dirigían hacia la rubia.

—Que aparenta unos veinticinco años, es decir, tres o cuatro

menos que Duplessis, lo que significa una considerable ventaja de edad con respecto a la difunta señora Hill-Crown.

Dodds se cambió la pipa de lugar en la boca.

—Me pregunto si los que tienen, o han tenido, la joya en su poder, habrán leído los periódicos —dijo—. Se ha dicho hasta la saciedad que el contacto con la joya es mortal...

—Pero sólo para las mujeres, señor. Los hombres que tuvieron la joya en su poder han muerto a tiros, salvo Hill-Crown. La joya es fatal solamente para el sexo femenino.

Dodds dio un puñetazo sobre la mesa.

—Y todavía no hemos averiguado qué clase de veneno causa una muerte tan horrible —dijo furioso—. Sargento, ¿qué más puede decirme?

—Nada, señor, salvo que la clave está en uno de dos puntos, aunque tal vez hayamos de contar los dos: la rubia misteriosa, que podría llevarnos al autor del duplicado, con lo que averiguaríamos muchas cosas, o tal vez si encontramos a este individuo antes. Pero necesitamos a la rubia, para que nos diga quién fue el comprador que pagó a tiros.

El inspector volvió a mover la cabeza.

—Manténgase en contacto conmigo a cualquier hora del día o de la noche —ordenó—. Los periódicos están armando un alboroto considerable con estas muertes y si no resolvemos el caso pronto, caerán algunas cabezas. La suya y la mía, en primer lugar, sargento.

Drummond asintió.

El inspector exageraba un tanto. Los periódicos hacían ruido porque era su obligación. Pedían una rápida solución para el caso, pero sabían que Scotland Yard, tarde o temprano, salvo raras excepciones, acababa atrapando al criminal.

Y en el caso del rubí, aunque, de momento, estuviesen muy bien borrados, había demasiados rastros para que, a la larga, no acabasen conduciendo a un final satisfactorio para todos.

Salvo para los asesinos.

Estaba un tanto cansado y se marchó a su departamento, en donde se dio un baño para relajarse. Había encargado a Rawson, su más inmediato subordinado que, en el momento en que supiese alguna novedad, le telefonease allí. Al terminar el baño, vestido solamente con una camiseta y unos pantalones cortos, se metió en

la cocina.

Estaba terminando de prepararse la cena, cuando sonó el timbre.

Drummond apagó el fuego, salió de la cocina, cruzó la sala y abrió.

Unos ojos maliciosos contemplaron su imagen de pies a cabeza.

—¿Es esa tu indumentaria especial para recibir a las visitas? —preguntó Ethel Young.

—A veces, me gusta estar cómodo —sonrió el joven—. Entra, por favor. Iré a ponerme una bata...

—No le molestes, no me voy a desmayar por ver a un hombre en pantalones cortos —rió Ethel—. Por cierto, huele estupendamente.

—Huele a tres chuletas de cordero mezcladas con un bote de verdura picada.

—¿Hay más chuletas en el frigorífico?

—Sí, claro...

—Entonces, ve a vestirte. Yo me ocuparé del resto —dijo Ethel resueltamente.

Minutos más tarde, cenaban mano a mano en la cocina. Al terminar, la joven se reclinó en la silla.

—Pensaba pedirte que me llevases a un restaurante, pero no creo que la cena hubiera resultado tan apetitosa —manifestó—. Phil, el director del museo está calvo.

—Bueno, en este mundo hay muchos calvos...

—Sí, pero es que resulta que es el primero que conozco que se ha quedado así, a fuerza de arrancarse cabellos. Por la desesperación, claro.

Drummond sonrió.

—Hacemos todo lo que podemos —contestó—. Casi teníamos ya una mano sobre la joya cuando, de pronto, ¡paf!, se esfumó misteriosamente.

—Y otro hombre fue enviado al país de los eternos sueños.

—Sí, pero creemos tener buenas pistas...

—Vamos, vamos, Phil, no te burles de mí. No hay pistas satisfactorias.

—Tú lees demasiado los periódicos —acusó él.

—Por eso sé que hay una rubia misteriosa en danza. Si se tratase de documentos secretos, diría que es una espía, pero sólo se trata de una joya maldita. ¿Qué sabéis de la rubia, Phil?

—Pues...

Drummond no pudo seguir hablando. El teléfono sonaba en la salita.

Echó a correr. Ethel le siguió maliciosamente. Drummond levantó el aparato.

—Sargento —sonó la voz de Rawson—, venga pronto al hospital de Chelsea. Tenemos aquí a la amiga del francés y está muy grave... Su piel empieza a ennegrecerse...

Drummond no quiso seguir escuchando más. Colgó el teléfono y salió disparado hacia la puerta. La rapidez de Ethel en seguirle no fue menor.

CAPÍTULO VI

Inge Schein estaba en una habitación del hospital sobre una cama, rodeada de una nube de médicos y enfermeras que se movían zumbando como las abejas en torno a la colmena. Drummond apreció el desconcierto reinante de una rápida ojeada.

Aunque con dificultades, consiguió abrirse paso hasta el lecho de la paciente, cuyo nombre ya conocía.

Había un médico inclinado sobre Inge. El pecho de la paciente estaba al descubierto. En el centro, Drummond divisó una mancha negra de unos cinco o seis centímetros de diámetro.

Rawson estaba a su lado. Ethel consiguió también colarse en medio de aquel barullo.

—Señorita Schein...

Inge le miró con ojos de cordero moribundo. El médico que estaba junto a ella se irguió.

—¿Quién es usted? —preguntó belicosamente.

—Sargento detective Drummond de Scotland Yard.

—Entonces, hombre del Yard, lárguese...

—Doctor, si quiere que me vaya de aquí, tendrá que emplear un tanque para remolcarme. Siga usted con la paciente y yo hablaré con ella, tanto si le gusta como si no le gusta. Pero ya vi a una mujer atacada por el mismo veneno que la señorita Schein y sé que la cosa... corre muchísima prisa.

—Me voy a morir —gimió Inge.

—No, mujer, no, los médicos la sanarán —dijo Drummond para animarla. El doctor, amedrentado por el tono enérgico de Drummond, se había callado y continuaba sus trabajos sobre el pecho parcialmente ennegrecido—. Señorita Schein, usted vio el rubí Hyandahar.

—Sí —admitió ella, muy asustada.

—¿Lo tuvo en las manos?

—Sí.

—¿Se lo puso?

—Sí.

—Diga qué hizo exactamente cuando tuvo la joya en su poder.

—Fue... fue por pocos minutos. René me la dejó y yo fui a su dormitorio... El vestido era cerrado de escote y me lo quité... Pasé la cabeza por el collar y... Entonces, sentí un pinchazo en el pecho...

—Eso sería cuando la joya quedó colgada de su cuello, pero apoyada en el pecho.

—Sí.

—¿Miró el reverso, es decir, la parte que normalmente debe quedar oculta cuando se luce la joya?

—Sí, pero no vi nada... El pinchazo fue muy breve...

—¿Qué hizo después?

—Salí para que René me la viera puesta... Yo estaba en el baño cuando a él le mataron...

—¿No vio al asesino?

—No, señor... ¿Me voy a morir? —preguntó Inge, angustiadísima.

—Deseche esa idea, los médicos la salvarán —mintió Drummond. En realidad, hablaba con una agonizante, pensó, muy deprimido—. Dígame, ¿quién hizo la reproducción de la joya, la que René entregó a la señorita Hill-Crown?

—Sólo sé que se llama Henry Chilton...

Drummond apretó los labios.

—Señorita Schein, ¿cómo se llama el comprador?

—No lo sé, René no quiso decirme su nombre... Sólo dijo que le darían cien... cien mil libras...

Los ojos de Drummond bajaron un instante al pecho de Inge. La muchacha tenía ya una extensión doble de la que había visto a su entrada en la habitación.

«Tengo que darme prisa», pensó.

—Señorita Schein, trate de recordar algún detalle, alguna frase, algún nombre... Puede ser muy importante...

—No recuerdo nada... René era muy reservado en este asunto y a mí no me importaba...

El agente Rawson había oído el nombre de Chilton y salía

disparado ya de la habitación. Drummond aprobó acción de su subordinado.

—Señorita Schein, ¿cómo cometió la imprudencia de colgarse la joya del cuello? ¿Acaso no sabía que dos mujeres que hicieron lo mismo habían muerto?

—Yo no leo periódicos ingleses, no me importa lo que pasa en este país —respondió Inge—. René tampoco leía... bueno, sólo las crónicas de sociedad...

«Claro, era su oficio», pensó Drummond desalentadamente.

De repente, entró un pelotón de médicos en la estancia. Drummond y la muchacha se vieron enérgica y contundentemente expulsados.

Sin embargo, permanecieron en el pasillo.

—Así pues, Susan Hill-Crown engañaba a su esposo, pero, a su vez, era engañada por Duplessis —dijo Ethel.

—Justamente. Y Duplessis, fue igualmente engañado por el comprador. Pero no tenemos el menor indicio de su personalidad —contestó Drummond.

En aquel instante se oyó un horrible alarido.

Una enfermera salió de la habitación, tambaleándose espantosamente.

—Se vuelve negra, negra... —gimió.

El chillido se repitió un par de veces. Ethel, llena de pánico, se abrazó estrechamente a Drummond.

Los gritos de Inge se convirtieron en un inhumano gemido. Dos médicos salieron. Uno de ellos tenía el rostro más blanco que la bata que llevaba puesta.

Apareció otra enfermera. De pronto, rodó por el suelo, desmayada.

La voz de Inge se calló. Segundos después, se hizo visible el médico que estaba atendiéndola cuando llegaron Drummond y su acompañante.

—Ha muerto —anunció el galeno, con lúgubre acento.

El timbre de la puerta sonó y el dueño de la casa, que contemplaba en el televisor una película de ladrones y policías, hizo un gesto de fastidio.

—¿Quién diablos...?

El hombre se puso en pie y cruzó la estancia. Al abrir, divisó a

un individuo elegantemente vestido en el umbral.

—¿Señor Chilton? —dijo el visitante.

—Sí, yo mismo...

—Soy Jack Bennett. ¿Puedo hablar con usted un momento?

—¿A estas horas?

Bennett sonrió.

—Vengo a proponerle un negocio de mil libras —dijo—. Un duplicado de una joya...

Chilton se apartó a un lado en el acto.

—Entre, señor Bennett —invitó.

—Gracias.

La puerta se cerró.

—¿Una copa? —sugirió Chilton.

—No. Oiga, usted hizo un trabajo para Duplessis.

Chillón se puso rígido en el acto.

—¿Es usted policía? —preguntó hoscamente.

Bennett rió.

—¿Tengo cara de policía? Vamos, vamos, precisamente estoy aquí porque Duplessis me habló muy bien de usted.

—Ah, siendo así...

—Duplessis me dijo también que es usted muy discreto. ¿Mencionó a alguien más el trabajo que había realizado para él?

—¿Qué cosas tiene usted, señor Bennett!

—Entonces, no lo dijo a nadie.

—No.

—¿Ha leído los periódicos?

Chilton asintió.

—Sí —contestó, frunciendo el ceño—. Pensar que yo tuve esa joya en mis manos...

—Por lo visto, sólo es fatal para las mujeres. ¿De veras no mencionó a nadie el trabajo de Duplessis?

—Ya le he dicho que no.

—Y Duplessis, a su vez, ¿le dijo algo sobre la joya auténtica?, me refiero, claro está, a un posible comprador.

Chillón miró a su visitante con ojos perspicaces.

—Fue usted —adivinó.

—Sí —confirmó Bennett.

—Pues... ahora me entero de su nombre, aunque siempre me

imaginé que sería un tipo con mucha «pasta». Bueno, dígame de una vez qué es lo que desea usted, señor Bennett.

—Es lamentable —suspiró el visitante—. Sospecho que no es usted completamente sincero.

—Oiga —protestó Chillón.

—Tengo que hacerlo, no me queda otro remedio. Por favor, señor Chillón, no me lo tenga en cuenta.

—¿Qué diablos es lo que tiene usted que hacer?

Bennett sacó una pistola con silenciador.

—Esto —dijo.

Y apretó el gatillo.

Chilton cayó de rodillas, oprimiéndose el vientre con ambas manos. Fríamente, Bennett se acercó a él y apoyó el cañón en su frente.

Se oyó otro chasquido. Chilton sufrió una convulsión y rodó por el sucio.

Bennett corrió hacia el interior de la casa. Entró en un cuarto de trabajo, propio de un orfebre, pero no dirigió una sola mirada a las herramientas.

Su vista se fijó en una mesa de escritorio, situada en un rincón de la estancia. Corrió hacia ella y registró rápidamente los cajones.

No tardó mucho en hallar una libreta, con negras tapas de hule. La abrió y pasó rápidamente sus hojas. En la última de las que estaban escritas halló una anotación:

«R. D., L. 500 a cuenta. ¿L. Parsons o A. Wells?»

Y debajo, todavía, podía leerse el complemento de la anotación:

«Wells le pagará mejor. Sonsacaré a R.

D. Si

acierto, le pediré dos mil o no entregaré el trabajo».

El visitante asesino lanzó una maldición.

—Conque discreto, ¿eh? Por fortuna, yo soy desconfiado y...

Arrancó la hoja y la guardó en el bolsillo. Como tenía los guantes puestos, no podía encender un fósforo con facilidad, por lo que decidió hacerlo más tarde, en su casa.

Entonces quemaría la nota.

Salió sin mirar siquiera el sangrante cadáver de Chilton, cuya frente aparecía chamuscada por el último disparo.

El inspector Dodds bramó como un toro enfurecido al enterarse de la muerte de Inge Schein. Sus bramidos alcanzaron un tono apocalíptico cuando Drummond le dio la noticia del asesinato de Chilton.

—Esa piedra está maldita, maldita, sargento, se lo digo yo...

Drummond no creía en leyendas, pero empezó a pensar que quizá su jefe tuviera algo de razón.

Era ya casi de madrugada cuando, al fin, pudo llegar a su casa. Derregado, con los ojos cargados de sueño, insertó la llave en la cerradura y abrió.

Entonces se dio cuenta de que había un hombre en la sala.

—¿Qué hace usted aquí? —exclamó.

El inesperado visitante se puso en pie.

—Suplico a mi joven amigo mil disculpas por el atrevimiento que he tenido al irrumpir en su casa sin la debida autorización, pero, la verdad es que, en los últimos tiempos, me siento un tanto desconcertado y no sabía a quién dirigirme. Al fin me decidí a visitar a un hombre de recia personalidad, cuyo nombre ha figurado últimamente en los periódicos, con gran frecuencia...

Drummond cerró la puerta, mientras contemplaba al individuo, cuya indumentaria delataba inequívocamente su procedencia hindú. En el centro del turbante que cubría su cabeza, se divisaba una especie de reproducción del famoso rubí, aunque sin la cadena y el broche y de tamaño mucho más reducido.

Los ojos del hindú eran negros, penetrantes, y su nariz aguilina sobresalía poderosamente en un rostro huesudo, de pómulos prominentes y tez olivácea. En Londres, ciertamente, no eran extrañas las ropas hindúes, por lo que Drummond se dijo que su visitante no habría llamado la atención.

Pero, al mismo tiempo, tuvo el presentimiento de que la presencia del hindú en su casa estaba relacionada con el rubí Hyandahar.

—Está bien, señor...

—Muhabbar, Rawi Muhabbar, señor Drummond —se presentó cortésmente el visitante.

—Siéntese. Con su permiso, voy a prepararme una taza de té.

Estoy muerto de fatiga.

—Tengo la impresión de que esa fatiga se le pasará apenas le diga algo sobre cierta joya, que no ha traído más que desgracias a cuántos han estado en contacto con ella —dijo Muhabbar.

—No le quepa la menor duda, amigo mío.

CAPÍTULO VII

En mangas de camisa, Drummond se inclinó para llenar la taza de su visitante.

—¿Y bien, señor Muhabbar?

—He venido a Inglaterra para recobrar la joya y volverla al lugar de donde no debió salir y de donde fue arrancada por un ladrón.

—El museo tendrá oigo que decir sobre el particular, ¿no cree? Todo ello, suponiendo que se recobre la joya.

Muhabbar probó el té.

—El dueño de una cosa, ¿no tiene derecho a protestar si se la roban? —dijo con tono algo afectado.

—Evidentemente, pero la joya llegó...

—Después de que un hombre audaz, pero también desaprensivo, la robase de la estatua de nuestra diosa.

—Eso sucedió hace unos noventa años, señor Muhabbar.

—He estado en el British Museum y he podido contemplar cuadros de Turner y de Gainsborough. ¿No reclamaría Inglaterra uno de esos cuadros, si alguien lo hubiera robado?

—Por supuesto...

—Para nosotros, el rubí de Hyandahar tiene el mismo valor que una tela de Turner. Sin contar el aspecto religioso, que no deseo mencionar, ya que usted y yo pertenecemos a distintas religiones.

—Señor Muhabbar, diríase que ha sido comisionado por alguien para recobrar el rubí —manifestó Drummond sentado, con las piernas cruzadas, frente a su visitante.

Muhabbar hizo un gesto afirmativo.

—Así es —admitió llanamente—. Durante muchísimos años, los sacerdotes del templo de Hyandahar, permanecieron en la ignorancia sobre el paradero de la joya. Recientemente, un determinado museo anunció sus propósitos de exhibirla y la noticia

llegó a la India. Entonces, mis compañeros me comisionaron para volver la joya al lugar de donde no debió haber salido jamás.

Drummond frunció el ceño.

—Señor Muhabbar, no sé qué decirle... Yo mencionaría la prescripción del delito...

—Recuerde el cuadro de Turner.

—Que no ha sido robado, por cierto.

—Ah, entonces, aprueba usted la acción del ladrón.

—Por favor, amigo mío, son dos cosas distintas.

—Claro, a los hindúes se les puede robar impunemente, mientras que eso es algo que un hindú no puede hacer a un inglés.

—Usted no va a robar un cuadro de Turner.

Muhabbar sonrió maliciosamente.

—No diría yo tanto, mi joven amigo —contestó—. Pero ¿qué interés podría tener un paisaje de Turner en el templo de nuestra diosa?

—Estamos desviándonos de la conversación —rezongó el joven—. ¿Qué más puede decirme de la joya?

—¿Qué me dice usted?

—Lo que todo el mundo sabe. Han muerto varias personas y la joya sigue sin aparecer, pero, puedo jurárselo, Scotland Yard hace lo imposible por recuperarla.

—Sin embargo, no aparece.

Drummond suspiró.

—Algunos dicen que ese rubí está maldito —contestó—. ¿Por qué no me habla del veneno?

—Es la maldición de la diosa, para la persona que ostente la joya —dijo Muhabbar.

—Pero, ¿no hay antídoto para el veneno?

Muhabbar hizo un gesto negativo.

—No —se puso en pie—. Toda persona que tenga contacto con la joya, morirá.

—Incluso yo, si la recupero y la tengo unos minutos en mi mano.

—No, porque sé que usted es honrado y la devolverá...

—Al museo.

—A mí.

Drummond se había puesto también en pie. Los dos hombres se contemplaron en silencio durante unos momentos, separados por la

mesita donde estaba el servicio de té.

—Señor Muhabbar, si usted, como representante de la comunidad de sacerdotes Hyandahar, se cree dueño de la joya, tendrá que presentar una reclamación por los canales diplomáticos comunes —dijo el joven al cabo—. Pero Scotland Yard no tendrá otro remedio que, si consigue la recuperación de esa joya, devolverla al que ahora y para todo el mundo es su auténtico dueño: el museo.

El hindú sonrió levemente.

—Por supuesto, la visita es informal, no oficial —dijo—. Yo sólo he venido a ver a un esclarecido miembro de la policía británica, con objeto de conocer su opinión y hacerle saber algunas cosas que, tal vez, puedan, resultar interesantes. Pero, al mismo tiempo, quisiera llevar a su mente la convicción de que la joya no tiene, no puede tener más que un dueño.

Drummond inclinó la cabeza.

—No es a mí a quien compete tomar una decisión en tal sentido, sino solamente tratar de recobrarla —contestó.

Muhabbar ya no dijo nada más. De pronto, alzó la mano derecha y la movió un poco, trazando un ligero arco en el aire. Drummond oyó la voz del hindú:

«Quieto como estás durante un cuarto de hora».

Era curioso, Muhabbar no había despegado los labios, pero él había comprendido su orden con toda claridad.

El hindú desapareció. A Drummond le pareció que se marchaba envuelto en una nube de humo dorado.

—¿Rawi Muhabbar? No he oído ese nombre en los días de mi vida —declaró el inspector Dodds—. ¿Y dice que le hipnotizó?

—Podría haberme mandado que saltase por la ventana de mi casa y vivo en un octavo piso, y lo habría hecho sin vacilar, señor —confesó Drummond disgustadamente—. Sólo movió la mano y me dejó clavado al suelo durante quince minutos. De modo que no pude seguirle.

Dodds no hizo ningún comentario sarcástico. Sabía de sobra que su subordinado era poco dado a las fantasías.

—Por tanto, ahora tendremos complicaciones —dijo—. Ha aparecido un propietario de la joya... Muchacho, ¿por qué no va usted al museo y habla con el director? Ese tipo tiene que conocer

el origen de la joya, ¿no le parece?

—Buena idea, señor.

Dodds soltó una maldición, mientras se aprestaba a cargar su pipa.

—Esa condenada joya no va a traernos más que disgustos —rezongó—. Ya han muerto qué sé yo la cantidad de personas por su culpa... y las que quizá mueran todavía. El último fue Chilton y no tenemos la menor idea de quién pudo ser el asesino.

—Es curioso —murmuró Drummond—. ¿Por qué moriría el que hizo el duplicado de la joya?

—No resulta difícil de adivinar, Phil. Sin duda, Chilton conocía el nombre de la persona que iba a comprar el rubí a Duplessis.

—Un tipo rico, evidentemente, porque iba a pagar cien mil libras.

—Sí, ésa no deja de ser una pista —convino el inspector—. Lo malo es que, entre los papeles de Chilton, encontramos una libreta, cuya última página escrita, había sido arrancada.

De pronto, Drummond tuvo una inspiración.

—Jefe, Chilton era un tipo bastante miope —dijo—. Puede que no fuera así en su caso, pero sé de muchos miopes que aprietan bastante el lápiz al escribir.

—Sí, algo hay de eso, Phil.

—En tal caso, ¿por qué no hace que alguien se ocupe de la página siguiente a la que fue arrancada de esa libreta?

Dodds hizo chasquear los dedos.

—Ocúpese usted del director del museo —ordenó—. Yo me ocuparé de la libreta de Chilton.

—Sí, señor.

Media hora más tarde, Drummond estaba en una de las oficinas del museo robado. Los claros ojos de Ethel Young le contemplaron con brillo afectuoso.

—De todas las visitas que esperaba recibir, la tuya es la última —dijo, después de señalar una silla con la mano.

—¿Por qué te extraña? —contestó él, mientras sacaba cigarrillos—. Me parece que os han robado algo.

—Ah, sí, ahora creo recordar... —Ethel lanzó una breve carcajada—. ¿Cómo van tus pesquisas, Phil?

—No puedo quejarme, cariño.

—Oye, oye, no te precipites... De modo que las cosas marchan por buen camino.

—No; a decir verdad, estamos prácticamente como el primer día, salvo que han muerto un montón de personas.

—Hombre, yo te he oído que no podías quejarte.

—Del trabajo. Ethel, del trabajo que me da este caso.

La muchacha volvió a reír.

—Y ahora tengo yo algo que ver con ese trabajo.

—Eres la ayudante del director, «míster» Bigginslowe...

—Bigginslowe —puntualizó Ethel—. Pero ahora no está, Phil.

—Oh, vaya una contrariedad. Aunque quizá tú puedas ayudarme.

—Con mucho gusto. ¿De qué se trata?

—¿Conoces el origen de la joya?

Ethel pareció concentrarse en sus pensamientos.

—Fue robada en un templo hindú hará unos noventa años —dijo.

—Eso ya lo sé yo también. ¿Quién fue el ladrón?

—Era coronel de un regimiento en la India, un tal Moorson. Según sus herederos, trajo el rubí, después de robarlo de la estatua de la diosa en el templo de Hyandahar, pero lo escondió de tal modo, que nadie supo nunca nada. Otis Moorson, bisnieto del tal coronel, nos dijo que recordaba haber oído a su abuelo, es decir, el hijo del coronel, mencionar el hecho de que éste se encerraba algunas veces en su despacho, con doble vuelta de llave y, además, tapando el ojo de la cerradura, para que nadie viera lo que hacía. Otis Moorson supone que el coronel se dedicaba a la contemplación de la joya.

—Si la robaron hace noventa años y el coronel murió... ¿cuánto tiempo hace de ello, Ethel?

—Setenta y dos, Phil.

—Bien, la joya ha estado escondida durante setenta y dos años. ¿Cómo llegó a poder del museo?

—Si no fueras policía, no te lo diría. Otis Moorson vino y la ofreció en medio millón hace varios meses. Las negociaciones, por supuesto, fueron secretas; el museo no es tan rico como parece. Pero al fin se convino en entregarle ciento cincuenta mil libras en un primer plazo y luego el resto, en cinco años, es decir, setenta mil

libras anuales.

—¿De dónde sacó Moorson la joya?

—Según explicó, la encontraron en un escondite secreto, ideado por el coronel, en un muro de la casa que, como no tenía gran valor arquitectónico, fue demolida hace algún tiempo, para edificar una nueva. Los operarios encontraron la caja y Moorson se hizo cargo de ella, ya que se encontraba casualmente presenciando los trabajos. Dentro de la caja había un corto manuscrito, explicando la historia de la joya, aunque mencionaba muy poco de la leyenda. Una vez que los expertos confirmaron el valor de la joya, el museo inició las gestiones para su adquisición.

—Y exposición al público. ¿Cómo puede ser que el hijo del coronel, es decir, el abuelo del actual Moorson, no tuviera conocimiento de la existencia del rubí?

—Según parece, el coronel murió repentinamente. Durante muchísimos años, no quiso hablar de la joya. Por lo visto, el asunto causó mucho ruido en la India en aquella época. Pero al morir repentinamente, Moorson no tuvo tiempo de enterar a su hijo de lo que había hecho y así, durante tres cuartos de siglo, el rubí permaneció escondido detrás de unos ladrillos.

—Eso explica algunas cosas, aunque no el hecho de que un veneno siga activísimo después de casi un siglo.

Ethel se encogió de hombros.

—Esos países orientales tienen cosas misteriosas que, a veces, nosotros, los pobres occidentales, no podemos entender —contestó.

Drummond asintió.

—Dímelo a mí, que me hipnotizaron con un simple gesto de la mano —manifestó, para sorpresa de la muchacha.

Y después de relatarle lo sucedido con Muhabbar, añadió:

—Hay una cosa que me extraña, Ethel. La alarma, ¿era perfecta?

—Al menos, eso dijeron los técnicos que se ocuparon de su instalación —respondió Ethel.

—Y, sin embargo, no funcionó.

—Wyss era un «artista» —observó ella.

—Ethel, tienes que saber una cosa. Wyss estaba «retirado». Es cierto que el inspector Dodds y yo lo vimos como simple visitante en el museo, que Dodds lo conocía desde hacía más de veinte años, pero también es verdad que Wyss tenía un trabajo serio y honrado

desde hacía cinco años.

—Y eso, ¿qué significa, Phil?

—Simplemente, que no podía estar al corriente de las nuevas técnicas en sistemas de alarma.

Ella abrió la boca.

Drummond continuó:

—También es verdad que Dodds hizo cáusticos comentarios sobre las habilidades de Wyss Dedos de Oro, pero fue más bien por la fuerza de la costumbre, lo mismo que cuando ve a uno de sus antiguos «clientes». Si he de serte sincero, al salir del museo, Dodds me confesó sinceramente que no esperaba que Wyss se metiese en más jaleos.

—Y, sin embargo, robó la joya.

—Porque alguien le ayudó a desconectar las alarmas. Al menos, las dejó de forma que Wyss pudiera desconectarlas con facilidad.

—No sé quién pudo...

—Estamos investigando a los expertos de la casa que instaló esas alarmas —dijo Drummond—. A propósito, ¿es muy elevada la póliza de seguros concertada?

—Millón y medio, Phil.

Drummond silbó.

—Como la joya no aparezca, el

Lloyd's

de Londres va a sufrir una sustanciosa merma en sus cuentas corrientes —observó.

El teléfono sonó de pronto. Ethel levantó el aparato, escuchó un instante y luego alargó la mano.

—Para ti, Phil.

Drummond acercó el teléfono a la oreja.

—Sargento, soy Rawson —dijo—. Los expertos calígrafos dicen que hay dos nombres grabados en la página en blanco de la libreta de Chilton: Parsons y Wells. Parece que el más sospechoso es Wells.

CAPÍTULO VIII

El señor Wells, Arnold de nombre, aunque Arnie para su esposa Mildred y sus amigos más íntimos, disfrutaba enormemente en aquellos momentos, contemplando el rubí de Hyandahar, mientras ella estaba a su lado, con ojos no menos fascinados que los de su marido.

La señora Wells era joven todavía, unos treinta y cuatro años, y había sido dotada pródigamente por la madre Naturaleza, la cual le había conferido ciertas abundancias corporales, que a ella le fastidiaban un tanto, porque consideraba que las medidas de su torso eran exorbitantes, mientras que constituían un poderoso atractivo visual para cierta clase de individuos. Al señor Wells, desde luego, no le disgustaban, en absoluto los contornos superiores de su esposa.

—Anda, pónitelo —dijo.

—No —contestó Mildred.

—Pero, querida...

—Tengo miedo, Arnie. Tres mujeres que se pusieron esta joya, han muerto ya.

—Porque fueron tontas, Mildred.

—No te entiendo.

—Yo también sabía que esas tres mujeres han muerto. Por tanto, cuando tuve la joya en mi poder, me ocupé de averiguar qué era lo que causaba las muertes.

—¿Y...?

—Es... mejor dicho, era bien sencillo. En la parte inferior de la montura del rubí, había un diminuto agujón, impregnado del veneno que contenía una minúscula ampolla de metal. Cuando el agujón se apoyaba sobre la piel, el veneno entraba en la sangre por ese diminuto agujero.

Mildred se estremeció.

—Creo que comprendo —dijo.

Wells sonrió con aire de superioridad.

—La joya es muy pesada y hacía presión sobre la piel —añadió—. Además, tengo la seguridad de que, después de puesta, la mujer que la llevaba colgando del cuello, se dejó abrazar por un hombre. ¿Te imaginas lo que sucedió entonces?

—Sí, la presión fue mayor...

—Y si el peso de la joya no era suficiente, ese abrazo hizo que el aguijón se clavase en el pecho de la víctima. Pero yo he sacado todo y ahora este rubí no es más mortífero que el *whisky* que me he tomado hace unos minutos.

Mildred sonrió satisfecha.

—Sin embargo, tengo una duda, querido —expresó.

—Dime, cariño.

—Nosotros tenemos ahora esta joya, pero yo no podré lucirla...

—Esta noche, sí, puesto que la servidumbre ha salido. Claro que no podrás lucirla en público, pero... —Wells abrazó apasionadamente a su esposa—, pero la llevarás cuando estemos solos.

Mildred correspondió cálidamente al abrazo de su marido. Después de separarse, le miró y sonrió, mientras sostenía con el índice la cadena de la que pendía el rubí.

—Voy a cambiarme —dijo—. Estaré lista dentro de quince minutos.

—La mesa está puesta. Fiambres y champaña. —Wells guiñó un ojo a su esposa—. Ponte más atractiva que nunca —pidió.

Mildred sonrió.

—Te volveré loco —prometió.

El señor y la señora Wells vivían en una lujosa residencia de las afueras de Londres, un poco a estilo americano, ya que sólo tenía una planta. Jack Ligget tenía echado el ojo hacía tiempo a aquella suntuosa mansión.

Ligget sabía lo que podía encontrar en la casa: valiosa cubertería de plata, algunas joyas que la dueña tendría descuidadamente sobre su tocador, tal vez un par de candelabros... y no faltarían los objetos de adorno de oro puro. Su «perista» le robaría, a su vez, pero Ligget confiaba en conseguir no menos de mil libras por todo.

Y con esas mil libras, Ligget reconquistaría de nuevo el amor de

la bella pero también voluble Bessie Hartland.

Ligget se acercó a la casa y levantó el bastidor de una de las ventanas posteriores. Entró con el mismo ruido que habría hecho un tigre al acercarse a su presa.

Ligget vestía ropas oscuras y calzaba zapatos con gruesa suela de goma y además de emplear guantes del mismo material, aunque mucho más fino, cosa fácil de comprender, dado su «oficio». Recorrió parte de la casa en absoluto silencio y, al fin, abrió una puerta.

La puerta daba a un vasto dormitorio, frente a cuyo tocador, se hallaba una hermosa dama. La dama tenía algo en las manos, cuya contemplación hizo que los ojos le Ligget se desorbitaran.

Ligget se olvidó instantáneamente de las demás riquezas de la casa. Con la joya que aquella mujer tenía en sus manos le bastaba.

Pero ¿cómo conseguirlo?

Ligget creía que la casa estaba abandonada. Era el día de salida de la servidumbre. Sin embargo, no había contado con que los dueños se quedarían para cenar a solas una cena íntima.

De todos modos, poco importaba. Él tenía un medio para impedir que la dama chillase.

Avanzó silencioso como un gato. Cuando Mildred Wells quiso darse cuenta, ya tenía dos manos en torno a su garganta.

Mildred no pudo gritar. Ligget apretó.

El rubí cayó al suelo alfombrado. Mildred pataleó. Su pie derecho derribó una silla.

La silla hizo algo de ruido. Arnie Wells volvió la cabeza.

Ligget continuaba apretando. De pronto, Mildred dejó de moverse. El ladrón respiró aliviado. No podía saber que Mildred no estaba desmayada, sino que el miedo había parado su corazón.

La joya estaba caída en el suelo. Ligget se inclinó para recogerla.

Wells abrió la puerta en aquel instante. Una espantosa maldición se escapó de sus labios.

Ligget maldijo. Al hombre no podría dominarlo tan fácilmente como a la mujer.

Pero no estaba dispuesto a abandonar la joya. Cuando Wells saltó hacia él, ya tenía en la mano una navaja de resorte, con una hoja de casi veinte centímetros de largo.

Wells vio el brillo del acero demasiado tarde. Sus manos habían

empezado a cerrarse apenas en torno a la garganta del ladrón, cuando la navaja penetró profundamente en su pecho.

Ligget saltó a un lado, al ver caído al dueño de la casa. Después de unos segundos de vacilación, sacó la navaja, la limpió en las propias ropas del muerto y echó a correr en busca de la salida.

Naturalmente, no se olvidó de la joya.

—¿Estamos condenados a llegar siempre tarde, cada vez que nos enteramos de la identidad de uno de los posibles poseedores del rubí Hyandahar?

—No es seguro que Wells tuviera la joya, señor —dijo Drummond, a la vez que trataba de no dar importancia a la cólera de su superior—. Es cierto que el agente Rawson llegó cuando el señor y la señora Wells habían sido asesinados, pero no es menos cierto que en la casa no se ha echado nada a faltar.

—Hay huellas de pies de hombre en una de las ventanas. El asesino entró por allí. Los expertos dicen, además del número del calzado, que se trataba de zapatos con suela de goma muy gruesa, especial para amortiguar el ruido de las pisadas.

Drummond consultó unas notas que tenía en la mano.

—Hay huellas de dedos en la garganta de la señora Wells, lo que significa que alguien trató de estrangularla. Pero los forenses dicen que murió de un paro cardíaco, antes de que se produjera la estrangulación total.

—Miedo —gruñó Dodds.

—Muy probable. En cuanto al señor Wells, el asesino le clavó una navaja... Diciéndolo con una frase tan vulgar como clásica, le partió el corazón.

—El corazón... Dos corazones... Tres personas... ¿Opina usted que puede tratarse de un asunto de celos?

—¿Y por qué no, señor? Quizá el señor Wells se enteró de la infidelidad de su esposa y le echó las manos al cuello. En aquel momento, tal vez, surgió el amante y le pegó la puñalada. Pero la señora Wells no pudo resistir lo que ocurría y...

La puerta de la oficina se abrió de pronto.

—¿Señor?

—Pase, Rawson.

El agente entró con unos papeles en las manos.

—Señores, tengo una sorpresa para ustedes dos. Encontré una

pistola con silenciador en casa del señor Wells. Faltaban dos balas. Hice examinar una de las restantes. Coincide plenamente con las dos que se encontraron en el cuerpo de Chilton.

Dodds saltó en su asiento.

—Entonces, Chilton tenía razón al suponer que Duplessis obtendría más dinero de Wells —exclamo.

Drummond tomó el informe. La teoría de unas muertes por un asunto sentimental, quedaba descartada por el momento.

—Entonces, Wells tenía la joya y el asesino, convertido en ladrón, se la llevó —murmuró.

—Sí, pero, ¿quién diablos era?

—Estamos intentando averiguarlo, señor —manifestó Rawson—. Dado que en la casa no falta nada, nos cuesta mucho adivinar la identidad del asesino, ya que se supone que fue un ladrón que entró a robar y se encontró con la joya...

—Y mató para llevársela.

—Sí, señor. Si se hubiese llevado, además, otras cosas, podríamos establecer unos cuantos sospechosos, de acuerdo con sus hábitos en el *modus operandi*. Luego, por eliminación...

—¡Bravo, agente Rawson, usted llegará muy lejos! —exclamó el inspector Dodds.

El agente Rawson se ruborizó.

—He hecho sacar fotografías y moldes de las pisadas del supuesto asesino, que quedaron marcadas al pie de una de las ventanas posteriores de la casa, donde hay unos macizos de flores y la tierra estaba bastante blanda. Por el momento, se observa que son unas suelas muy gruesas, aunque sin marca alguna de fábrica, ni siquiera el número que calzaba el sujeto.

—Vaya —resopló el inspector—. ¿Cómo puede ser eso, Rawson?

—Tal vez, ese individuo utilizaba trozos de goma que él mismo recortaba y pegaba en las suelas de sus zapatos, anulando así las marcas de fábrica.

—Un chico listo —comentó Drummond.

—Por supuesto, en la casa no se han encontrado otras huellas que las de sus habitantes, los dueños y la servidumbre. El asesino y ladrón utilizó guantes. Ahora bien, como las huellas de sus dedos están muy marcadas en la garganta de la señora Wells, es de suponer que utilizase guantes de goma, tipo cirujano.

—Otra vez bravo, señor Rawson.

—Por tanto, sabiendo la longitud de las huellas, se puede conocer el número de zapatos que utilizó el asesino. Éste es un dato que conviene tener en cuenta, ya que así podemos eliminar a un buen número de individuos.

—No me cabe la menor duda —admitió el inspector.

—De momento, eso es todo, señor. Dado que tengo la impresión de que fue un ladrón, convertido en asesino accidentalmente, le ruego me permita estudiar los antecedentes de los especialistas en casas ricas, con objetos de valor —solicitó Rawson.

—Esos ladrones no suelen ser asesinos —objetó Dodds.

Drummond levantó una mano.

—La señora Wells murió antes de que la estrangulación causara sus efectos mortales por asfixia —dijo—. Supongamos que, en ese momento, está probándose la joya ante el espejo... Había una silla volcada y tal vez el esposo oyó el ruido. Acudió, vio lo que pasaba y recibió una puñalada. El ladrón, en efecto, no era un asesino, nunca lo había sido, pero se cegó por la joya en primer lugar y luego, muy posiblemente, se vio atacado por el esposo. Entonces se defendió, cuando ya la señora Wells yacía en el suelo.

—Es justamente lo que yo pienso, sargento —dijo Rawson.

—Entonces, busque a esos especialistas en casas ricas —ordenó el inspector—. Phil, ¿que va a hacer usted?

—Hay algo que me preocupa, señor —confesó el joven.

—¿Sí?

—El sistema de alarmas del museo. Wyss llevaba cinco años «retirado». En ese plazo, han surgido nuevas técnicas. Es de suponer que él no las conociera.

—Lo que significa que alguien le «ayudó».

—Casi seguro, señor.

—Sí, pero ¿quién?

Drummond se dirigió hacia la puerta.

—Eso es lo que voy a intentar averiguar —respondió—. Rawson, si encuentra algo de interés, llámeme a mi casa o a la de la señorita Young; usted ya conoce ambos teléfonos.

—Bien, sargento.

—Phil, sospecho que le gusta combinar el placer con la obligación —dijo Dodds socarronamente.

—¿Es pecado, señor? —rió Drummond, en el momento de cruzar el umbral de la puerta.

CAPÍTULO IX

—Ethel, hemos estado examinando las casas más importantes que se dedican a la fabricación de sistemas de alarmas. Ninguna de ellas ha sido la que instaló la alarma especial del rubí.

—Pues... si quieres que te diga la verdad, en estos momentos no recuerdo el nombre de la casa que nos instaló esa alarma —dijo la muchacha, mientras se inclinaba para servir el té—. Lo único que puedo decirte es que era distinta de la alarma general.

—Ah, una alarma especial.

—Sí, dedicada solamente al rubí. Claro que antes, el ladrón, es decir, Wyss, tuvo que desconectar la alarma general. Apenas tocase un cristal de las ventanas, el museo estallaría en timbrazos.

—Y no se oyó el menor ruido.

—Bueno, si era un hombre tan hábil como dices, pudo desconectar la alarma general sin dificultades.

—Y luego llenó de gas narcótico la sala donde estaba el rubí y en la que había dos vigilantes, que se durmieron como troncos.

Ethel sonrió.

—Estuvieron durmiendo casi veinticuatro horas, Phil —contestó, a la vez que se sentaba junto a su visitante.

—Wyss quería seguridad. Una vez dormidos esos vigilantes, se pudo dedicar impunemente a desconectar la alarma especial del rubí. ¿Dónde estaba el interruptor, Ethel?

—En el despacho del señor Bigginslowe, en el interior de una caja de metal, adosada a la pared y con una cerradura muy fuerte. Hay dos llaves solamente y están en poder de Bigginslowe y del director adjunto, Martin Blake. Éste tiene la llave solamente como repuesto o en caso de ausencia de Bigginslowe. Pero si Bigginslowe se ausentase durante demasiado tiempo, tendría que dejarme a mí la llave. Ahora bien, las normas exigen que sea el director quien conecte personalmente las alarmas, salvo dicho caso de ausencia.

—Sí, comprendo.

—Pero, Phil, tú ya sabías todo eso —exclamó la muchacha.

—Cierto, sin embargo, quería recordarlo nuevamente. Es curioso... ¿Por qué no encargaron la alarma especial a la misma casa que instaló la general? Es una empresa de gran reputación y su gerente me ha dicho que se sintieron muy extrañados cuando se enteraron que el trabajo se lo daban a otro. Por cierto, ese individuo me dijo que no conocía la empresa instaladora de la alarma especial.

—Yo tampoco, Phil. Eso fue cosa de Bigginslowe. Mi cargo no se relaciona en absoluto con la administración ni la economía del museo, aunque no por ello ignore el valor de la mayoría de las piezas que contiene.

—Tu cargo es científico y artístico.

—Exactamente.

Ethel abrió una caja de cigarrillos y ofreció a su visitante.

—Phil, ¿qué tiene esa maldita joya, que causa la muerte a cuántos la han poseído o han estado en relación con ella?

Drummond encendió su pitillo.

—Tú también has tenido relación con el rubí Hyandahar —dijo.

—No —contestó ella sorprendentemente.

—¿No?

—Todo lo hizo Bigginslowe. Él fue quién se entendió con Moorson y con el consejo de administración. Prácticamente, yo no vi el rubí hasta el día en que fue expuesto por primera vez. Pero Bigginslowe está vivo, Phil —le recordó ella.

—Porque no intentó robar la joya, como Moorson, que se la encontró entre los escombros de su casa. Sólo han muerto quienes, de un modo u otro, la poseyeron ilegalmente.

Ethel hizo un gesto de asentimiento.

—Por cierto, ¿cómo hicieron el duplicado? Era un trabajo muy bueno, Phil.

—Hemos sabido que Inge Schein visitó el museo varias veces. Llevaba oculta una microcámara, con la que tomó numerosas fotografías de la joya, desde todos los ángulos. Las fotografías fueron a parar a manos de Chilton, quien, entre nosotros, era un artista.

—Y realizó la copia para Duplessis.

—Así fue. La señora Hill-Crown sacó el original dándoselo al francés, y dejando la copia en la caja fuerte de su esposo. Hill-Crown juraba y perjuraba que su esposa no conocía la combinación de la caja fuerte, pero estaba engañado. Ahora bien, Duplessis se limitó a pagar su trabajo a Chilton.

—Pero Wells lo mató.

—Posiblemente, Duplessis le dio el nombre del artista que hizo el duplicado. Por tanto, Wells quería borrar pistas, pero no contó con un ladrón que se convirtió inesperadamente en asesino.

—Y no se conoce el nombre de ese asesino, en cuyo poder se encuentra ahora la joya.

—No —admitió Drummond, con acento lleno de pesimismo.

Jack Ligget estaba en una esquina, con un cigarrillo pendiente de los labios, cuando vio pasar por su lado a una pelirroja de generosos contornos. La pelirroja le dirigió una cortés pero fría sonrisa, pero Ligget alargó la mano y la detuvo.

—Quiero hablar contigo, Bessie —dijo.

Bessie Hartland le miró de arriba abajo.

—Creo que tú y yo tenemos poco que hablar, Jack —contestó—. Exactamente, nada.

—Te equivocas, preciosa. Tengo algo que te puede volver loca...

—Un millón de libras —dijo Bessie burlonamente.

—¿Quién sabe? ¿Por qué no me aceptas una copa en uno de los reservados del
Wo-Wo?

Bessie entornó los ojos.

Era una mujer tan hermosa como calculadora. Conocía bien la habilidad de Ligget en determinados aspectos y sabía que el individuo no la invitaría si no tuviese algo interesante que decirle.

—Muy bien, vamos allá —accedió finalmente—. Pero sólo diez minutos, Jack.

Ligget rió suavemente.

—Puede que sobren nueve —contestó, con sibilino acento.

Momentos más tarde, Bessie Hartland se quedaba sin respiración.

—¡Cielos! —dijo.

Ligget guardó la joya nuevamente en su bolsillo.

—Ya te puedes ir, Bessie —la despidió, displicente.

—¡Eh!, aguarda un poco... Ese pedazo de vidrio, si es auténtico, vale una millonada...

—¿Y qué te importa eso a ti? ¿No te cuida bien Harry el Turco? Bessie empezó a hacer carantoñas al ladrón.

—Querido, pero si entre Harry y yo no hay más que una buena amistad... Es cierto que hemos salido juntos algunas noches...

Ligget decidió mostrarse inflexible.

—Esta noche, cuando venga por aquí, quiero ver cómo le dices, claramente, que todo ha terminado entre los dos —indicó—. Entonces, tú y yo hablaremos de este pedrusco, ¿entiendes, preciosa?

Bessie Hartland hizo aletear sus pestañas postizas.

—Considera a Harry como eliminado de mi vida sentimental —dijo enfáticamente.

A Drummond no le extrañó ver sentado en el diván de su casa a cierto visitante. Sonrió y, tras quitarse la chaqueta, levantó el tapón de su botella.

—Supongo que no le importará que me tome una copita, señor Muhabbar —dijo.

—En esta vida hay pequeños placeres que, bien medidos, resultan completamente lícitos, señor Drummond —contestó el hindú—. Ya ve, incluso o un hombre como yo, le gusta de cuando en cuando un trago de buen escocés.

—Vaya, yo creía que su religión le prohibía el alcohol.

—Nuestra religión es muy liberal y no por tomarme un poco de su delicioso *whisky* voy a dejar de ir al nirvana, cuando mi alma abandone esta envoltura carnal.

—El nirvana... el paraíso hindú —dijo Drummond, mientras llenaba la copa para su visitante—. ¿Quiere hielo?

—No, gracias —rechazó Muhabbar.

Drummond se sentó frente a su visitante.

—¿Cómo ha entrado? ¿A través de la puerta? —preguntó.

Muhabbar sonrió.

—¿Me cree hombre de poderes sobrenaturales?

—Bueno, el otro día me dejó clavado al suelo.

—Bah, el hipnotismo es lo primero que aprenden todos los

aspirantes a ser un día sacerdotes de nuestra diosa.

—Para así, engañar a los fieles...

—Los fieles ven solamente lo que quieren ver, si creen.

—Me parece que entiendo. Pero su mente no es muy poderosa, amigo Muhabbar.

Las espesas cejas negras del hindú se alzaron.

—¿Cómo puede usted decir eso? —exclamó, cortésmente enojado—. ¿Sabe que, si quisiera, podría hacerle levitar ahora mismo?

—Bah, me hipnotizaría y me ordenaría creer que estoy levantado en el aire. Si su mente fuese tan potente como asegura, atravesaría todos los obstáculos sólidos y, por muy grande que fuese la distancia, llegaría hasta la mente del actual poseedor de la joya.

Muhabbar dejó a un lado su copa.

—Quizá tenga razón —dijo—. Tener una mente poderosa en ciertos aspectos no significa que se posea una inteligencia superior. La suya, señor Drummond, es superior a la mía en determinados aspectos.

El joven se reclinó en su butacón.

—Está bien, adelante, busque al ladrón —invitó.

«Si el inspector me oyera, me enviaría inmediatamente a patrullar por las calles, después de degradarme», pensó.

Pero valía la pena intentarlo todo, porque la joya podía traer mala suerte a sus poseedores, y esto era algo que no se podía negar. Hasta entonces, habían muerto varias personas que habían tenido relación, de un modo u otro, con el rubí Hyandahar, y todas las muertes habían sido violentas. Era preciso acabar, como fuera, con aquella larga serie de crímenes.

El hindú, sentado, muy erguido, tenía los ojos cerrados y las yemas de los dedos de ambas manos estaban apoyadas en el centro de su frente. Drummond guardaba un silencio absoluto.

Drummond se fijó en que el cuerpo de Muhabbar temblaba ligerísimamente, lo que le indicó estaba sometido a una poderosa concentración. De repente, el hindú extendió la mano derecha.

—Veo la joya... —dijo en voz baja, apenas audible—. Pero la veo a través de una niebla...

Drummond, correcto, no quiso reír. También él, si cerraba los ojos podía ver el rubí.

—Está en poder de un hombre... Es algo mayor que usted... Tiene poco pelo, rubio, algo chato; viste ropa de lanilla, a cuadros marrón, *beige* y rojo... Está... en algún lugar cerrado... Hay una mujer con él... Es algo más joven, guapa, de pelo rojo... Lleva blusa amarilla y falda azul oscuro... En el brazo tiene un bolso negro, con dos iniciales metálicas... B. H.

Drummond frunció el ceño.

¿Era cierto que el hindú estaba viendo a la pareja o se trataba solamente de una farsa?

Adelantó el torso.

—¿Dónde están? —preguntó.

Muhabbar tardó unos momentos en dar la respuesta. De nuevo tenía ambas manos sobre la frente.

—Es... un cuarto... Hay una mesa, dos sillas, un diván, una lámpara, colgada del techo, con pantalla de vidrio... uno de los bordes está desportillado... Le falta un trozo triangular, de unos tres centímetros de lado...

Drummond procuró imaginarse el lugar donde se hallaba aquel cuarto.

—¿No es un dormitorio?

—No... Hay una botella y dos vasos...

«Tal vez el reservado de un bar», pensó Drummond.

—¿Puede ver el exterior del edificio?

—Sí... Hay un rótulo... pero no distingo bien lo que dice... Sólo puedo ver dos letras iguales... «W»...

De pronto, Muhabbar se echó hacia atrás.

—Estoy muy cansado —dijo.

Drummond no contestó; estaba en pie junto al teléfono.

Momentos después, oyó la voz de Rawson.

—¿Sargento?

—Rawson, hay que averiguar en dónde hay un bar en cuyo nombre entran dos «W» —dijo. Añadió los datos personales de la pareja y no se olvidó tampoco de las dos iniciales del bolso de la mujer—. Puede que consigamos una pista —concluyó.

—Está bien, sargento, haré todo lo que pueda.

Drummond dejó el teléfono y llenó de nuevo las dos copas. Alargó la mano derecha, pero no completó el gesto.

Muhabbar había desaparecido.

—Pero, ¿es que este hombre puede convertirse en humo a voluntad? —exclamó, sin darse cuenta de que estaba solo.

CAPÍTULO X

De la boca de Harry el Turco salió un chorrillo de humo, que fue a dar en la cara de Lew Dykens. Éste movió la mano un poco, para limpiar la atmósfera inmediata a su rostro y luego dijo a Harry que por qué no iba a echar humo a la cara de su reverenda abuela. Harry no hizo caso de la sarcástica observación.

—Lew, ¿cuánto pagarías tú por cierta joya que ha sido mencionada mucho en estos días? —preguntó.

Dykens entornó los párpados.

—¿Sabes dónde está, Harry?

—Yo no he dicho nada, sino que...

—Sí, sí, te he oído. Pero, ¿quién te lo ha dicho?

—Como interesado en el asunto, me niego a revelar las fuentes de mi información —contestó el Turco—. Lo único que te pido es que me digas si este asunto te puede interesar o no.

—Quizá... ¿Cuánto, Harry?

—Diez de los grandes.

Lew Dykens se escandalizó.

—Harry, ¿me has tomado por un naviero griego? —protestó.

El Turco sonrió maliciosamente.

—Lew, conozco tu negocio y sé que la compañía de seguros estaría dispuesta a pagar, al menos, el cinco por ciento del valor de... la cosa —dijo—. Eso representaría unas cien mil libras, de modo que si me das lo que te pido, sólo gastarías en mí el diez por ciento de lo que cobrases.

—El diez por ciento —murmuró Dykens.

—Quinientas en mano, en el acto. El resto, cuando hayas cobrado, Lew —puntualizó el Turco—. Y sin engaños, porque lo soltaría todo y te verías entre rejas para el resto de tus días.

—Si me consigues... la cosa, no habrá engaños, te lo prometo —manifestó Dykens rotundamente.

—Está bien, te llamaré por teléfono.

—¿Cuándo?

El Turco se encogió de hombros.

—Tal vez mañana —contestó.

Acuella misma tarde, el Turco se entrevistó con Bessie Hartland y le entregó algo.

—Pónselo en la bebida —dijo.

—¿Qué le pasará? —preguntó Bessie, aprensiva.

—Nada, dormirá como un tronco durante doce o quince lloras.

—Pero, cuando despierte, se enfurecerá...

—Nena, deja que yo me ocupe de la cólera de Jack —rió el Turco—. Sabré amansarlo, descuida.

Bessie sonrió.

—Está bien, pero, ¿cuánto sacaremos? —preguntó.

—Oh de tres a cuatro mil. No está mal, ¿verdad? —mintió El Turco.

—Harry, eso vale mucho más...

—Sí, pero es un carbón encendido en las manos y hay que soltarlo cuanto antes. ¿Te parece bien que vaya a las doce?

—Sí, es una buena hora.

El hombre calvo, con bigote, que estaba tras el mostrador, miró a los dos presuntos clientes y se sintió defraudado.

—Ah, gente del Yard —gruñó.

—Sí —dijo Drummond, impertérrito.

—Creí que vendrían a hacer gasto... Está bien, ¿que quieren saber? —preguntó el dueño del Wo-Wo.

—Se trata de un tipo algo mayor que yo, es decir unos treinta y cinco años, medio calvo, con el pelo rubio y lacio. Viste una chaqueta a cuadros marrón *beige* y negros. Con él ha estado una pelirroja bastante guapa, que llevaba blusa amarilla y falda marrón. Tenía un bolso negro, con las iniciales B. H. ¿Quiénes son?

—Él se llama Jack Ligget. Ella es Bessie Hartland.

—Estupendo, amigo —dijo Drummond—. ¿Dónde están ahora?

—Probablemente, en casa de él.

—¿Dónde vive Ligget?

El dueño del local citó una dirección.

—No está muy lejos —añadió.

Drummond le dio las gracias. Luego hizo una recomendación:

—Es muy probable que se trate de un caso de homicidio —declaró—. Por tanto, no trate de avisar a Ligget de nuestra inminente visita.

—Diablos, ni por todo el oro del mundo me metería en una cosa tan seria —protestó el dueño del Wo-Wo.

Y cuando los policías se hubieron ido, como era ya muy tarde y no tenía ningún cliente, se dispuso a cerrar el local.

La cara de Harry el Turco asomó por la puerta. Al otro lado, Bessie le hizo una señal con la mano.

—Pasa —susurró la mujer.

El Turco entró en el piso, sin hacer el menor ruido. Dio una palmada suave en el hombro de Bessie y luego se asomó a otra habitación.

—Duerme como un tronco —dijo ella.

El Turco sonrió satisfecho. Había sido una buena idea la de propinar un narcótico a Ligget.

—¿Dónde la tiene? —preguntó.

Bessie extendió una mano y señaló la chaqueta a cuadros, que estaba sobre una silla.

—¡Ahí! —murmuró.

El Turco se acercó a la silla. Fascinado por la joya, no se dio cuenta de que Ligget había abierto un ojo.

Ligget se sentía invadido por una cólera terrible. Había podido darse cuenta de que Bessie quería narcotizarle y fingía estar dormido, tras arrojar por el sumidero el contenido de la copa drogada. Quería saber hasta dónde llegaba aquella pérfida mujer.

—Listos —dijo el Turco.

—Eso es lo que te crees, canalla —habló Ligget de pronto, mientras saltaba de la cama, con su navaja en la mano.

Hubo un violento forcejeo entre los dos hombres. De súbito, Ligget retrocedió, espantosamente pálido, con las manos en el pecho.

—¡Hijo de...! Me has matado.

Bessie abrió la boca para gritar, pero el terror que sentía impidió

que saliera por su garganta el menor sonido. Ligget dio un traspié y acabó por derrumbarse al suelo, de cara, a los pies de la cama.

El Turco juró obscenamente. La joya estaba caída en el suelo y se inclinó para recogerla.

—Vamos, tú —dijo.

Bessie reaccionó.

—Harry, hay algo en lo que jamás podrás contar conmigo —manifestó, súbitamente resuelta—. Un homicidio es una cosa muy seria y yo no tengo ganas de pasar un montón de años en la cárcel.

—Estúpida, no...

Ella no le hizo caso y corrió hacia la sala, en donde había un teléfono. Los ojos del Turco emitieron un brillo insano.

Bessie estaba vuelta de espaldas al hombre. Por eso no percibió nada, hasta que fue demasiado tarde. El Turco descargó un terrible golpe, con la propia navaja de Ligget. El Turco era un hombre todavía joven y robusto. El golpe fue único y suficiente. Literalmente, apuntilló a la pelirroja.

Bessie sintió una especie de frío en la nuca. Luego, bruscamente, perdió el conocimiento, sin percatarse de que era para siempre.

—Hay muchos locales con dos «W» en su título —dijo el agente Rawson mientras caminaba junto al sargento—. El Wawerley, el Golden Wawes, el Warwick, el Walla-Walla... Resulta lógico que hayamos tardado tanto en hallar el que buscábamos.

Drummond asintió distraídamente.

—Pero no acabo de comprender cómo pudo saber usted que se trataba de un bar con esa letra repetida dos veces en el nombre —añadió Rawson.

—Me lo dijeron —contestó Drummond, evasivo.

—Y luego, la pareja... El dueño del Wo-Wo

identificó inmediatamente a esos dos...

—Nunca está de más tener buenos confidentes, Rawson.

—Eso sí es cierto, señor —convino el agente.

Drummond se detuvo de pronto.

—Aquí es —dijo.

Subieron por una escalera mal alumbrada. Momentos después, se detenían ante una puerta. Drummond alzó una mano para

llamar, pero Rawson contuvo el gesto.

—Está abierta, señor —exclamó.

Drummond empujó la puerta con el codo. Entonces, la figura de Bessie Hartland, caída en el suelo, con una navaja clavada en la nuca hasta la empuñadura, apareció ante los ojos de los dos policías.

—¡Demonios! —dijo Rawson.

Drummond corrió hacia la mujer. Tocó su mejilla. Todavía estaba caliente, pero ya no había latidos en su carótida.

—¡Sargento, aquí está el otro! —gritó Rawson.

Drummond entró en el dormitorio y respingó.

—¡Por todos los...! Pero ¿es que siempre vamos a llegar tarde?

La chaqueta a cuadros marrones, *beige* y rojos estaba sobre una silla. No cabía dudar de que el muerto era Jack Ligget.

De pronto. Rawson alzó un zapato en las manos.

—El hombre que asesinó a los Wells, sargento —dijo.

—Sí, pero ¿quién ha matado a estos dos? —Drummond reaccionó con rapidez—. Rawson, empiece a usar el teléfono —ordenó.

—Sí, señor.

—Llame a los de dactiloscopia, los necesitaremos. Yo voy a ver si encuentro al agente de turno en el barrio. Quizá haya visto algo. Los cadáveres no han tenido tiempo de enfriarse, de modo que las muertes no se han producido hace más de quince minutos.

Drummond bajó a la calle. No tardó mucho en avistar a un agente de uniforme. Sacó sus credenciales y se presentó.

—Sí, señor, a sus órdenes —dijo el policía.

—Se han cometido dos asesinatos en esa casa. El criminal ha escapado, pero no hace más de un cuarto de hora, ¿ha visto salir usted a alguien de ahí?

El hombre de uniforme reflexionó.

—Lo vi de lejos, señor —dijo al cabo—. Me pareció un tipo alto y robusto. Caminaba con paso rápido, pero no con excesivas prisas... no sé si me entenderá usted, sargento; muchos tienen el paso rápido por costumbre...

—¿Pasó cerca de usted?

—No, señor, se marchó en dirección opuesta, aunque ahora que lo dice, creo que se volvió, para no pasar a mi lado. Entonces, claro,

no me fije...

—¿Cómo vestía? ¿Tomó algún coche?

—Su ropa era oscura, señor. No le vi camisa blanca o de color claro, de modo que me parece que llevaba un *sweater* de cuello alto, oscuro. El pelo me pareció también oscuro... Tenía cierto aire de deportista... Viejo no era en modo alguno, sargento.

Drummond suspiró.

—Ahora empezarán a venir un montón de coches oficiales —dijo

—. Atiéndalos, guardia.

—Sí, señor... Ha dicho dos asesinatos...

—Exacto, agente...

—Cromarty, señor.

—Pues bien, Cromarty, los muertos son Jack Ligget y Bessie Hartland. Si conocía a esa pareja, ya puede ir empezando a soltar informes acerca de ellos. Mientras, yo vuelvo al piso de Ligget, para dar una alarma acerca del posible asesino. Venga a verme en cuanto pueda.

—Bien, señor. Escuche, sé que Ligget era un sujeto de pésimos antecedentes, pero no había en su vida anterior nada que hiciera sospechar un fin tan trágico. Él nunca había usado armas...

Drummond rió.

—Una vez, sí, cuando mató a Arnold Wells —dijo, para pasmo del guardia Cromarty.

Ya se oía a lo lejos el campanileo de un coche de patrulla, que acudía al lugar de los crímenes. Sin hacer caso de la cara de asombro del guardia Cromarty, Drummond volvió a meterse en la casa.

Ahora tendría que hablar con el inspector Dodds. Empezó a calcular cuál sería el primer juramento que soltaría su jefe, apenas conociese la noticia.

CAPÍTULO XI

—¿Por qué vengo yo a refugiarme, metafóricamente hablando, en tu regazo, cada vez que me siento deprimido o tengo ganas de desahogarme con alguien?

Ethel sonrió, comprensiva, mientras servía el té.

—Tal vez es porque te gusto —dijo.

—Hombre, fea no eres... pero eso no es todo.

—Soy la ayudante de Bigginslowe. Tal vez eso tiene algo que ver con tus visitas.

—Pero no lo es todo —Drummond sonrió también—. Lees los periódicos, supongo.

—Sí —Ethel se puso seria repentinamente—. Phil, no sé si el museo recobrara o no la piedra... pero creo que si el rubí vuelve a su sitio, me despediré. ¡Esa joya es peor que una epidemia de cólera!

—Desde luego, han muerto muchas personas, pero no tienes por qué ser supersticiosa. Tú no has ambicionado poseer la joya, de modo que no te puede causar ningún mal.

Ethel meneó la cabeza.

—No sé —murmuró—. De todos modos es una joya funesta. ¿Sabes que el museo podría verse en dificultades si no apareciese?

—¿Qué clase de dificultades?

—Por ejemplo, la exhibición de la joya había proporcionado unos ingresos muy sustanciosos, que ya no se producen. Luego, tal vez, la compañía de seguros, subsidiaria del Lloyd's,

cancela muchas pólizas de otros objetos de valor que allí se exponen. Y si no cancela las pólizas, aumentará enormemente el valor de las primas, así que imagínate tú cómo están los miembros del consejo de administración.

—Yo creí que tú no te ocupabas de cosas económicas...

—Soy ayudante de Bigginslowe, en primer lugar, pero también hablo con el subdirector. Y lo que ocurre no es solamente de la sección de contabilidad, ni se trata de pagar la cuenta de la luz o los sueldos de los empleados.

—En resumen, podrías verte de patitas en la calle.

Ethel se encogió de hombros.

—Económicamente, no tendría importancia para mí; pronto encontraría otro empleo —respondió—. Pero me gusta mi trabajo, ¿comprendes?

—Sí, desde luego. De modo que el museo está en dificultades.

—Puedes tenerlo por seguro. A Bigginslowe, como ya no le quedan pelos, le gustaría arrancarse la cabeza. Maldice constantemente la hora en que se le ocurrió comprar el rubí...

De pronto, Drummond se dio una palmada en la frente.

—¡Si pudiese encontrar a Muhabbar! —exclamó.

Ethel le miró con interés, pues ya conocía la historia de las dos entrevistas de Drummond con el hindú.

—¿Crees que él podría ayudarte a recobrar la joya? —inquirió.

—Con tal de que no me haga llegar tarde...

—Me pregunto si tendrá derecho a llevarse el rubí —dijo Ethel.

—En todo caso, eso es algo que tendrían que decidir los tribunales de justicia. Por cierto, Ethel. ¿Has averiguado el nombre de la empresa que instaló la alarma especial para la joya?

—Sí, es...

El timbre de la puerta sonó en aquel momento. Ethel, sorprendida, miró a su visitante.

—No espero a nadie —dijo en voz baja.

Drummond se puso en pie.

—Deja, yo abriré.

Cruzó la estancia e hizo girar el picaporte. Al otro lado del umbral, surgió la elevada silueta de Rawi Muhabbar.

—Estaban hablando de mí —dijo el hindú.

—Sí —admitió Drummond llanamente—. Comentábamos la singular circunstancia de que, en esta ocasión, haya llamado en lugar de filtrarse a través de las puertas.

—Ustedes no decían nada de eso —contestó Muhabbar.

—No, pero acabo de decirlo. ¿Quiere entrar y explicar cómo ha sabido encontrarme en casa de la señorita Young, a quien tengo el

honor de presentarle?

—Es bien sencillo, señor Drummond. Sondeé su mente y... —el hindú juntó ambas manos y se inclinó ligeramente—. Auguro a la hermosa joven que está aquí una larga y feliz existencia, en compañía del hombre que está a su lado y a quien dará varios hijos, todos ellos sanos, inteligentes y robustos.

Ethel se ruborizó intensamente. Drummond metió la mano en el bolsillo del chaleco.

—¿Cuánto vale esa lectura de nuestro futuro? —preguntó.

Muhabbar le dirigió una mirada cargada de hielo.

—No suelo bromear, en cosas que son sagradas —dijo altisonantemente—. Así como supe que usted se encontraba en casa de la señorita Young, del mismo modo he venido a darle información del lugar en que se halla actualmente el rubí Hyandahar.

—Eso es estupendo —contestó Drummond—. Pero ¿por qué no lo busca usted mismo, puesto que alega le pertenece?

—La restitución de la joya debe hacerse de forma legal. No he venido yo a Inglaterra para enfrentarme con la ley, sino para que me proteja.

—Lo cual no es mala táctica —comentó Drummond—. Ahora bien, en el supuesto que se encuentre la joya, los problemas legales van a ser muchísimos. Empezando por el museo y la compañía de seguros...

—Es de suponer que los gobiernos de Gran Bretaña y la India sepan resolver ciertas menudas diferencias. Hay antecedentes sobrados, incluso fotográficos, sobre la pertenencia del rubí al templo de Hyandahar. Una vez recuperada la joya y en lugar seguro, la diplomacia entrará en acción.

—No me cabe la menor duda, señor Muhabbar.

—Perdón —intervino Ethel—. Dígame, ¿por qué esa joya acarrea maleficios y desgracias terribles a cuántos están o han estado en contacto con ella? ¿No puede suceder que también a mí me suceda algo malo, ya que pertenezco al personal del museo?

—¿Ambiciona usted la posesión de la joya, señorita Young? —preguntó Muhabbar.

—No, por Dios...

—En tal caso, no debe temer ningún mal. ¿No le he augurado

hace unos momentos todo género de venturas?

—Ethel —dijo Drummond—, a nuestro distinguido huésped no le resulta desagradable un traguito de buen licor escocés. No sé si le ayuda o no a la concentración mental, pero, desde luego, no le hace daño, sino todo lo contrario.

La muchacha sonrió.

—Ahora mismo, señor Muhabbar.

El hindú pareció mostrarse satisfecho.

—Ustedes son una gente encantadora —elogió—. Pero dejaré el traguito para después del trabajo que he venido a realizar a esta casa.

Muhabbar se sentó en el borde del diván y se concentró, con las yemas de los dedos sobre la frente, tal como le había visto Drummond en una ocasión. Ethel, silenciosa, pero también enormemente intrigada, asistía al experimento con toda atención.

Pasaron unos minutos.

—Estoy viendo a un hombre alto, delgado, atlético... —dijo Muhabbar con voz distante—. Es moreno, con largas patillas, viste de oscuro completamente, incluso la camisa, que es de cuello alto...

«El *sweater* que vio al agente Cromarty», pensó Drummond.

—Ahora está en una habitación... Hace unos momentos ha hablado por teléfono con una persona —siguió el hindú—. El hombre está colérico; parece que tiene dificultades... Se levanta, sale a la calle...

De nuevo sobrevino el silencio.

—Estoy viendo a través de sus ojos... Camina por la calle... Ahora se encuentra con otro hombre... Se saludan, hablan... El otro ha pronunciado un nombre... Harry el Turco...

Las palabras de Muhabbar no salían seguidas, sino que, en ocasiones, estaba algunos minutos en silencio. Pero cuando pronunció el nombre, Drummond se precipitó hacia el teléfono.

Marcó un número, sin importarle la concentración mental de Muhabbar. La voz del inspector Dodds sonó a poco en sus oídos.

—Jefe, soy Drummond —dijo el joven—. No me pregunte cómo lo he obtenido, pero conozco el nombre de la persona que tiene la joya en estos momentos. Se llama Harry el Turco; usted, más veterano, debe de saber quién es...

—Sé de sobra quién es —tronó Dodds—, y ahora mismo voy a

dar una alarma general para que le detengan. Hablaremos luego, Phil.

—Sí, señor.

Drummond dejó el teléfono en su sitio y se volvió para mirar a Muhabbar, quien continuaba en la misma posición. Desde que el hindú empezase a hablar, había pasado ya media hora, pero tanto a él como a Ethel se les antojaban solamente breves segundos.

—La joya ya no está en poder de Harry —dijo Muhabbar de pronto—. La ha dejado en poder de otro hombre... No he podido ver quién era ni dónde estaba; una espesa niebla me ocultaba su rostro...

—Haga un esfuerzo —pidió Drummond.

—Ese otro hombre tiene una tienda... Puedo ver algo del exterior, pero no sé que me sucede, me siento incapaz de traspasar la puerta... Hay un rótulo sobre la entrada... No puedo leer todo... Una «D»...

De pronto, el hindú se dejó caer hacia atrás en el diván.

—Es demasiado —manifestó, jadeante, con el rostro bañado en sudor.

—Algo ha hecho —sonrió Drummond—. Por lo menos, conocemos el nombre del último poseedor de la joya y puede tener la seguridad de que la policía le pisará los talones muy pronto.

Ethel acercó al hindú la copa. Muhabbar tomó unos sorbos y sonrió.

—Es curioso —dijo—. ¿Por qué no he podido ver la cara del otro hombre? Sin embargo, sé que Harry el Turco ya no tenía la joya...

—¿Cómo sabía que la tenía? —preguntó Drummond.

—La veía a través de su ropa. Es más, incluso sé que alguien quitó la aguja que inyectaba el veneno a las mujeres que querían contemplarse ante el espejo con el rubí colgando de su cuello.

—Bueno, al menos, esa joya ha dejado de ser mortífera.

Muhabbar le dirigió una mirada penetrante.

—¿Usted cree? —contestó.

Terminó el *whisky* y se puso en pie.

—Me pondré en contacto con usted, en el momento adecuado —se despidió.

Movió la mano. Drummond y Ethel quedaron convertidos en estatuas durante quince minutos.

Al cabo de ese tiempo, Ethel exclamó:

—¿Dónde está Muhabbar?

—No te preocupes —contestó Drummond amargamente—, se nos ha convertido en humo.

Ella movió la cabeza.

—¡Qué facultades tan prodigiosas! —comentó—. ¿Cómo puede ser eso, Phil?

—La India misteriosa —dijo él, un tanto cáusticamente. Por mucho que se esforzaran, jamás llegarían a comprender ciertos enigmas. Ni tampoco tenía demasiado interés en ello.

Tomó un poco de *whisky* y ya iba a despedirse, cuando, de pronto, recordó una cosa.

—Ethel, por cierto, cuando llamó Muhabbar, tú ibas a decirme el nombre de la empresa que suministró la alarma especial —dijo.

—Sí —contestó la joven—, es Dykens Electronics y está en el ciento cuarenta y tres de la calle Quaker.

El coche patrulla rodaba a marcha lenta por las calles londinenses, cuando, de pronto, uno de los agentes uniformados dio con el codo al conductor.

—Mira, Bill, ¿no es ese Harry el Turco, cuya detención urgente se nos ha encomendado por radio hace unos minutos?

Bill Baines volvió la cabeza. A menos de diez pasos de distancia, un hombre alto, delgado, moreno, con grandes patillas, vestido de oscuro, caminaba por la acera con paso rápido.

—La descripción corresponde por entero, Tom —contestó Baines.

—Entonces, acércate a la acera. Hay una comisaría a la vuelta de la esquina y...

Silenciosamente, el automóvil policial se acercó al Turco. De repente, Harry pareció presentir la vecindad de los agentes.

Volvió la cabeza un instante. En el mismo momento, Baines y su compañero desembarcaban del coche.

Harry echó a correr. Baines le gritó que se detuviera.

El Turco no le hizo el menor caso y aceleró su velocidad. Los dos policías le seguían enconadamente.

De pronto, un agente de uniforme apareció por la próxima esquina. Baines lanzó un gran grito:

—¡Deténgalo, está reclamado por asesinato!

El otro policía se dispuso a actuar. El Turco se vio perdido, atrapado entre dos fuegos.

De pronto, giró noventa grados hacia su derecha y saltó a la calzada. El tráfico era muy intenso en la calle. Harry confiaba en su proverbial agilidad para salvar los automóviles y dar así esquinazo a los polizontes.

Pero no había contado con el enorme camión de transporte, un pesado semirremolque, de treinta toneladas, que pareció surgir inesperadamente del centro de la tierra. El chófer pisó a fondo el pedal del freno y las ruedas chirriaron estruendosamente, mientras la carrocería se bamboleaba de una forma espantosa.

Estalló un terrible griterío. El Turco estaba todavía en pie, pero no oyó nada, fija la vista en el leviatán que se le echaba encima.

El agente Baines y su compañero de patrulla volvieron los ojos a un lado. Aunque eran tipos curtidos, ver a un hombre caer bajo las enormes ruedas de un camión, era cosa que no agradaba a ninguno de los dos.

El Turco percibió un terrible golpe en el costado izquierdo, voló un poco por el aire y cayó al suelo. Fue lo último que sintió en este mundo.

CAPÍTULO XII

Dykens Electronics era una tienda más bien corriente. A Drummond se le antojó extraño que el museo hubiese confiado a su dueño la instalación de la alarma especial.

Pero tal vez el dueño, se dijo, era un pequeño artesano que gustaba de hacer trabajos por su cuenta, posiblemente, con más eficacia que muchas grandes empresas. Y, probablemente, su factura no habría sido tan elevada como una gran compañía.

La entrada de la tienda era un tanto original: tratábase de un pequeño pasadizo de metro y medio de largo, con el techo semicilíndrico, al final del cual se veía una especie de barrera gris. Drummond, aprensivo, se acercó a la barrera.

—Entre, entre —dijo una voz desde el interior—. No tema, puede atravesar fácilmente esa cortina.

Drummond dio dos pasos. Al cruzar la barrera, que ocupaba toda la sección del túnel, sintió una especie de hormigueo en el cuerpo, muy ligero y de cortísima duración. Entonces vio a un hombre, tras un mostrador, que le dirigía una amable sonrisa.

—¿Qué le parece mi último invento? —dijo—. Es una cortina de humo que sustituye a las cortinas y convencionales y que, además, puede dar la alarma cuando alguien la atraviesa. Aunque usted no lo haya notado, dentro de mi casa se ha encendido una luz y ha sonado una campanilla.

—Vaya —confesó el joven—, ciertamente, no había visto nada semejante —volvió la cabeza—. Y el humo no se disipa...

—Son partículas metálicas microscópicas, mantenidas en cortina por un sistema magnético de mi exclusiva invención. Dos baterías de células fotoeléctricas, que actúan constantemente, arriba y abajo de la cortina, coadyuvan en el mantenimiento de ese telón, añadiendo además otras dos baterías de rayos láser... Pero me imagino que a usted no le interesan estas explicaciones —sonrió el

individuo—. Dígame, ¿en que puedo servirle?

Drummond enseñó su documentación.

—Deseo hablar con el dueño de la empresa —dijo.

—Soy yo, Lew Dykens —contestó el individuo—. ¿Qué quiere Scotland Yard de mí?

—La alarma especial del museo, donde se exhibía el rubí Hyandahar. Falló.

—Oh, el ladrón tuvo cómplices dentro —aseguró Dykens—. Mi alarma era infalible. Puedo demostrarlo en cualquier momento, en el mismo museo, si usted lo desea...

—De modo que usted opina que el ladrón tuvo cómplices en el interior del museo.

—No hay otra explicación, sargento.

Drummond pensó que había perdido el viaje o poco menos. Dykens tenía razón. Alguien había desconectado la alarma. Pero ¿quién?

—Señor Dykens, una última pregunta, por favor —dijo—. ¿Cobró usted la factura por su trabajo?

—Oh, sí, claro, apenas estuvo terminado y demostrada su eficacia. ¿Por qué lo dice, sargento?

—Temo que el museo se encuentre en dificultades económicas... No es nada importante para usted, puesto que ya ha cobrado. Gracias, señor Dykens.

—Encantado de haberle sido útil, sargento.

Una mujer salió del interior de la tienda. Era todavía joven y de rostro agradable.

—Perdón —dijo—. No sabía que tuvieras trabajo, Lew.

—Es el sargento Drummond, del Yard, y ya se iba. Sargento, le presento a mi esposa Nancy.

—Encantado, señora Dykens —saludó el joven.

—Tanto gusto, sargento.

—Adiós, señor Dykens —se despidió Drummond—. Señora...

—Ha sido un placer, sargento —dijo el dueño de la tienda.

Drummond salió a la calle y encendió un cigarrillo. Anocheecía ya.

Un poco más adelante, se encontró con un agente uniformado, al que enseñó su documentación. El agente, tras saludarle, contestó puntualmente a todas sus preguntas.

Una de ellas, sobre todo, le asombró en extremo.

—Pues... no sé, señor. Si quiere que pregunte en la vecindad... —dijo.

—En todo caso, haga las preguntas a personas de su entera confianza.

—Sí, señor.

Drummond añadió unas palabras más y caminó una veintena de pasos, hasta que encontró una cabina telefónica. Entró, puso las monedas correspondientes y marcó un número.

—Sargento Drummond —dijo, cuando sonó una voz de trueno al otro lado de la línea.

—Ah, hola, Phil —exclamó el inspector Dodds—. Tengo malas noticias para usted. Hemos encontrado a Harry el Turco, pero debajo de un camión de treinta toneladas.

Drummond respingó.

—No sería un atropello intencionado —dijo.

—Oh, no. Dos agentes de la patrulla móvil lo descubrieron cuando transitaba en las inmediaciones de Commercial Street. Salieron tras él, otro policía trató de acorralarlo y Harry cruzó la calle, en el preciso instante en que llegaba el camión.

Dodds emitió un volcánico juramento.

—Ya no podrá decirnos a quién entregó esa maldita joya —añadió.

—Eso no debe preocuparle, señor —dijo Drummond.

—¿Qué? —gritó el inspector.

—Señor, a riesgo de ser presumido, debo decirle que tengo el caso a punto de solución. Es más, incluso sé dónde está la joya y, para mayor seguridad, he hecho vigilar discretamente a su actual poseedor.

—Pero, en nombre del cielo, ¿por qué no lo ha arrestado inmediatamente? Puede escapar...

—Creo que no escapará, señor. Repito que no podría hacerlo, porque está vigilado. Pero, además, quiero confirmar mis sospechas, acerca del verdadero autor del plan del robo.

—Oh, creo que entiendo... Phil, muchacho, si falla, su cabeza rodará hacia el cesto. Recuerde lo que le dije al principio: aunque yo le aconsejase y ayudase, el caso es suyo.

—Lo tengo muy presente, señor —contestó Drummond

resueltamente.

La casa donde Dykens tenía instalada su tienda disponía de una puertecita trasera, a la cual llamó un hombre pasadas las once de la noche. Alguien abrió y el hombre se deslizó en el interior del edificio.

—Hola —dijo.

Dykens sonrió al ver a su visitante.

—Por fin —exclamó.

Nancy Dykens hizo su aparición, con un objeto brillante en la mano.

—La joya —anunció.

Los ojos de Herbert Bigginslowe relucieron de alegría.

—Ha costado, pero al fin la tenemos —dijo.

—Eso es, la tenemos.

Bigginslowe se volvió hacia Dykens.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó.

—Usted ha hablado en plural, pero metafóricamente. Yo también, pero de una forma más real.

—Lew, traigo el dinero...

—Es poco.

Los labios de Bigginslowe se contrajeron.

—Empiezo a darme cuenta de que ustedes son tan traidores como Burnie —dijo.

Dykens se encogió de hombros.

—La compañía de seguros pagará un rescate no menor de ciento cincuenta mil libras y no cien mil, como calculó algún tonto —aseguró—. Comprenderá que, después de enterarnos de una cosa semejante, no vamos a conformarnos con cinco mil libras, cuando podemos ganar setenta y cinco mil.

Sobrevino un momento de silencio. Luego, Bigginslowe, mansamente, dijo:

—Está bien, les daré las setenta y cinco mil... cuando pague la compañía de seguros.

—No las dará antes o no tendrá la joya. Usted es el director del museo y puede disponer de los fondos. Arrégleselas como quiera, pero vuelva otro día con las setenta y cinco mil libras y entonces tendrá la joya.

De pronto, Bigginslowe sacó una pistola.

—Creo que las cosas van a resultar un tanto diferentes —dijo torvamente—. Tendré la joya por nada.

—La policía...

Dykens no pudo continuar hablando.

—En el mejor de los casos, diría que ustedes me citaron aquí para extorsionarme a cuenta de la joya y que tuve que defenderme —sonrió Bigginslowe—. Pero no teman, la casa, me parece, la acondicionó usted a prueba de ruidos y...

De súbito, Nancy Dykens lanzó un pesado jarrón hacia el director del museo. Sorprendido, Bigginslowe cayó hacia atrás, aunque no soltó la pistola.

Dykens se le arrojó encima. Hubo un breve forcejeo.

En la puerta posterior se oyó un fuerte grito:

—¡Quietos! ¡Policía!

Simultáneamente, sonó un disparo. Bigginslowe se retorció un poco y quedó inmóvil.

Dykens se incorporó, con la cara cenicienta y la pistola todavía en la mano. Nancy, aterrada, se mordía los puños.

De pronto, Dykens alzó la mano derecha. Era un gesto maquinal, sólo quería entregar la pistola, pero uno de los agentes que acompañaban a Drummond interpretó mal su acción y disparó su revólver. Dykens gritó y se desplomó al suelo.

Nancy se arrojó sobre él, aullando como una loca. Drummond y algunos de sus acompañantes apartaron a la mujer. Drummond le quitó de las manos el rubí que tantas muertes había causado.

Contempló la joya especulativamente y meneó la cabeza.

—A ver si vuelves a tu sitio y descansa la Muerte —murmuró.

—El rubí está en su sitio —dijo Ethel—. Hay unas terribles colas a diario para verlo. La gente siente una morbosa fascinación por una joya que ha sido la causa de una espantosa mortandad.

—No me extraña —convino Drummond, mientras aceptaba la copa que ella le tendía—. La mente humana es así de retorcida.

—Además, se sabe que la exhibición durará sólo unas pocas semanas, ya que los gobiernos de Gran Bretaña y la India están en tratos para la restitución de la joya a sus legítimos dueños.

—En tal caso, el museo saldrá perdiendo mucho dinero, ¿no?

—Bueno, Moorson ha cedido un poco en sus pretensiones, el gobierno ayudará en algo y los billetes de acceso de la gente que va

a contemplar el rubí, algo elevados de precio, todo hay que decirlo, harán el resto.

Ethel se sentó frente al joven, con las rodillas muy juntas.

—Tengo que darte una buena noticia —añadió—. El subdirector es ahora director y yo soy la nueva subdirectora. Con un sueldo mayor, claro.

—Eso es una vergüenza para un hombre que va a pedir tu mano, Ethel. ¿Cómo voy a casarme con una mujer que gana más que yo?

—No te lamentes —rió ella—. Es un museo más bien pobre y sus sueldos no son cosa del otro mundo. Pero, en fin, entre esposos bien avenidos...

—Ah, de modo que dices sí.

—Claro, hombre, hay que acatar la profecía.

Drummond se echó a reír.

—Es cierto —contestó—. En tal caso, ven y siéntale a mi lado. Haremos planes para el porvenir...

—Un momento —dijo Ethel—. Antes tienes que contarme algunas cosas.

—Dime, querida.

El brazo de Drummond se posó sobre los hombros de la muchacha.

—Tú supiste muy pronto que Dykens era el hombre que había puesto la alarma en el museo —dijo ella—. Pero no me negarás que Muhabbar te ayudó considerablemente con su clarividencia. Estuviste en la tienda, en cuyo rótulo había una «D» y, además, descubriste la extraña cortina que impedía a Muhabbar penetrar con la mente en el interior del local.

—Muy cierto —admitió él—, pero debes fiar también en mis modestas dotes de observación. Fue más tarde cuando caí en la cuenta en que, en efecto, la cortina de partículas metálicas impedía que la mente de Muhabbar pasara al interior de la tienda, en cuyo rótulo había una «D», de Dykens. Pero fueron otras cosas las que me hicieron sospechar de la pareja.

—¿Por ejemplo...?

—Nancy Dykens llevaba puesta una blusa muy fina y muy ajustada. Debajo se advertía un bulto inconfundible, en el centro del pecho.

—Oh, tenía la joya bajo la blusa...

—Y, además, se parecía bastante a su difunto hermano Burnett Wyss.

—Ahora comprendo el interés de Bigginslowe por encargarse de la alarma a Dykens —exclamó ella.

—Un agente investigó en la vecindad y se informó de que, efectivamente, el apellido de soltera de Nancy Dykens era Wyss. Pero Burnett Wyss, ayudado convenientemente por Bigginslowe, para llevarse la joya, incumplió la palabra dada y prefirió vendérsela a Hill-Crown. Luego... empezó la rueda mortal.

—Sí —murmuró ella—. Hill-Crown, su esposa, Duplessis, Inge Schein, Chilton, los Wells...

—No olvides tampoco a tu amiga Nellie McClaid —dijo Drummond.

—No la olvido —contestó Ethel—. Pero esto parece un círculo mortal. Unos robaron a otros y se asesinaron y, extrañamente, la joya acabó en los primeros que habían planeado quedarse con ella.

—Caprichos del destino.

—Extraños caprichos, Phil —dijo Ethel, quien se sentía muy a gusto en los brazos del joven—. Y todo ello por...

—Por arrancar a la compañía de seguros una recompensa por la devolución de una joya. Luego, la «traición» de Wyss torció el plan primitivo.

—Wyss traicionó a su hermana...

—¿Crees que eso le importó? Los tipos de esa calaña carecen de moral. Vio una ocasión de «forrarse» y aceptó el juego, pero bajo sus propias condiciones, aunque se abstuvo muy bien de hacerlas públicas en ningún momento.

—Sospecho que tienes razón, querido.

—La tengo —respondió Drummond, sin falso orgullo.

—Phil, ¿qué habrá sido del aguijón envenenado?

—Se perdió. Wells lo arrojaría en algún sitio donde no ha podido ser encontrado. Seguramente habrá ido a parar a alguna cloaca y las aguas sucias, a la larga, le harán perder toda su eficacia al veneno. Los médicos sospechan que se conservó sus propiedades durante tanto tiempo, debido a que la joya permaneció encerrada herméticamente, tras un muro de ladrillo. El único punto oscuro es que se desconoce la clase de veneno que es, aunque yo opino que será un preparado cuya composición conocían solamente los

sacerdotes de Hyandahar.

—No nos importa demasiado, ¿verdad, querido?

—No, en absoluto.

En aquel momento, llamaron a la puerta.

Drummond, de mala gana, rompió el contacto y se levantó.

Abrió.

El corredor estaba desierto.

Al pie de la puerta, sin embargo, había una cajita, envuelta en papel de embalaje. Drummond rasgó la envoltura y vio un estuche de terciopelo negro.

Dentro había una piedra roja como la sangre, con una montura de oro y una cadena muy fina del mismo metal. Ethel lanzó un grito de admiración al contemplar el rubí.

—¿Es auténtico? —preguntó.

Drummond no contestó. Estaba leyendo una tarjeta, en la que había escritas algunas líneas:

«Esta piedra dará suerte y felicidad a su poseedora y al hombre que se convierta en su esposo».

«R. M.»

—Simpático Muhabbar —dijo Drummond, mientras se disponía a colgar la joya del cuello de la muchacha—. Pero, en confianza, entre tú y yo, y aunque le agradezca el regalo, indudablemente de gratitud, y aun a riesgo de que capte mis pensamientos...

—¿Qué, Phil? —preguntó Ethel, mientras acariciaba el rubí con la yema de los dedos.

—Muhabbar es un hombre al que prefiero muy lejos de nosotros.

FIN

**YA ESTAN A LA VENTA
LAS OBRAS INEDITAS DE**

M. L. ESTEFANIA

el famoso autor del género

Oeste, que en calidad de

NOVEDAD EXCLUSIVA

publica

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

en sus colecciones

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO

APARICION SEMANAL. RESERVE SU EJEMPLAR

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANJA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

NOTAS

[1] Mi encantadora señora. < <